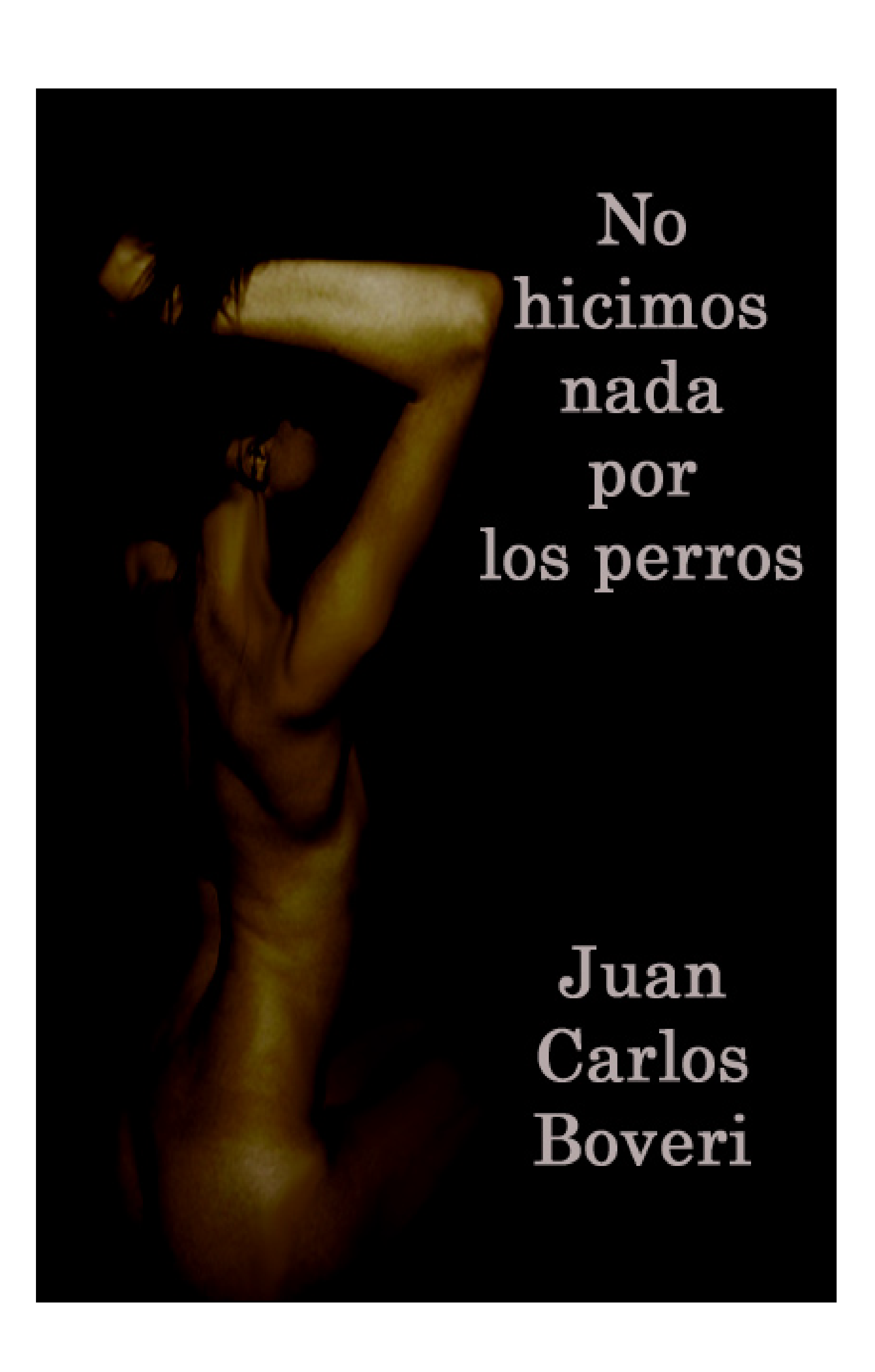

No
hicimos
nada
por
los perros
Juan
Carlos
Boveri

Imagen: Preparativos - JB

Una perra vivió en nuestra casa

Aquel año nuestra perra quedó embarazada. El día en que nacieron los cachorros Madre los sumergió en un balde con agua fría. Madre vació el balde, metió los cachorros en una bolsa de plástico negro y los tiró en el tacho de la basura. Después de la cena, arrojó los restos de nuestra comida sobre ellos. Perra gimió buscándolos, parecía desconcertada. Nosotros vimos cómo Madre mataba a los perros sin atrevernos a intervenir. Madre dijo que era lo mejor. Recuerdo el quejido de Perra olfateando los rincones y a Madre dándole un trozo de carne para consolarla. Al poco tiempo, Madre regaló a Perra. Creo que la castigaba por su preñez. Ella no había estado de acuerdo. Perra se había escapado y quizás fueran Dogo o Manto los que aprovecharon su celo. Madre experimentaba repulsión por Perra. Permitió que se quedara porque Padre prometió encargarse de ella; además, Madre deseaba pintar la casa y Padre lo hizo a cambio de la permanencia de Perra. Padre quería que creciéramos con Perra. La quisimos. Sin embargo, no hicimos nada para impedir la muerte de sus cachorros.

En ese año, Madre comenzó a beber. Padre discutía con ella y llegaron a golpearse. Padre se resignó con el correr de las semanas y ya no hizo recriminaciones. Padre y Madre dormían en habitaciones separadas. Nuestra casa era grande y Madre solía caminar por los cuartos abriendo y cerrando puertas y cajones. Padre llegaba tarde a casa y Madre usaba su tiempo para gozar con tipos que conocía en la calle. Ni Padre ni Madre se preocupaban de nosotros; teníamos que hacer el desayuno y planchar nuestra ropa cuando Dora faltaba.

Marcela, la mejor amiga de Madre, nos visitaba día por medio y hablaba con ella en la cocina. Madre se reía a carcajadas y, al quedarse sola, comenzaba a emborracharse. Años después, Madre

dejó de vestirse con ropa de calle y todo el tiempo se la veía con una bata encima del camisón. Padecía de insomnio y, en las noches, veía televisión y jugaba interminables solitarios.

Elmo era amigo de Padre y amante de Madre. Elmo trataba de evitar a Madre en la época en que ella comenzó a descuidarse. Madre lo llamaba continuamente por teléfono, aún en presencia de Padre. De todos modos, Elmo fue el único al que Madre respetó. Siempre que estaba con él intentaba beber menos y se la veía hacer esfuerzos para mantenerse sobria. Pero bastaba que Elmo dejara de verla durante dos o tres días para que ella bebiera el doble de la cuenta. Nunca pudimos comprobarlo pero creímos que Madre quedó embarazada de Elmo. Pensamos que ella provocó un aborto y su situación empeoró. Elmo era casado y sus dos hijos eran nuestros amigos. Julio y Celina no sospecharon la relación de Elmo y Madre. Mariela, la mujer de Elmo, lo supo desde el primer momento. Madre se lo dijo por teléfono, al poco tiempo de acostarse con él. Al día siguiente, Mariela apareció en casa: estaba demacrada y lloró en el living frente a Madre. Madre bebía una copa de whisky tras otra, usaba un vestido excesivamente escotado y tenía una constante sonrisa que le enajenaba el rostro. Ya Madre tenía la cara con arrugas prematuras y pequeñas arteriolas rojizas a ambos lados de la nariz. Padre también se enteró y creo que llegaron a algún tipo de arreglo con Elmo.

Escuchamos a Padre diciéndole a Marcela que no se separaba de Madre por nosotros. Pero no era verdad. La mayoría de la gente no se divorcia por sí misma aunque suele poner la excusa de los hijos para cubrir la cobardía. Padre era un cobarde. Trabajó en la Empresa como contador hasta la muerte de Madre. Cuando volvió a casarse, se mudó nunca supimos dónde y abandonó la Empresa. Ni Marcela ni Elmo supieron más de él. Tampoco nosotros. Eliminarnos de su vida fue la única actitud de valentía que tuvo. Con nosotros cerca hubiera tenido el recuerdo de Madre frente a los

ojos. Fue bueno que lo hiciera; así nos permitió saber que jamás nos había querido. De haberlo creído, toda nuestra vida la hubiésemos pasado sintiendo lástima por él y su sacrificio de soportar a Madre para estar con nosotros.

Es extraño que el recuerdo de los dos se borroneé con los años. Apenas recuerdo algunas escenas, momentos fugaces: Madre sirviendo la comida, Padre cantando en una navidad. Esas cosas. Pero al tratar de verlos como fueron se convierten en sombras borrosas y debo ver sus fotografías para saber qué aspecto tenían verdaderamente. En las fotografías el tiempo está detenido y es una imagen engañosa. Veo caras sonrientes, los objetos parecen hermosos y producen nostalgia de haberlos perdido, todo es perfecto. Y falso. Un inservible intento de perpetuar la existencia. Ni esas personas ni esos objetos existen ya. Todos somos diferentes. Es como mirar a otra gente.

Fotografías

Fotografía de 1955

Madre toma del brazo a Padre. Sonríen en forma exagerada. Entre ellos hay una comunicación invisible y hacen contacto entrelazando sus brazos. A Madre le brillan los ojos y sus pómulos están limpios y sanos. Padre es muy joven y, con aire jactancioso, viste el jaquet alquilado. Madre luce delgada y satisfecha en el largo vestido blanco que lleva puesto. En el vestido ostenta el matrimonio y su himen intachable.

En Padre y Madre se adivina el barrio suburbano: las casas con techos de tejas, los jardines al frente donde hay caminitos bordeados de piedras y un enano de yeso custodiando el rosal. En ellos, el pasado se diluye engendrando una estirpe nueva que corta

sus raíces; como si ambos pertenecieran a una clase que se distancia de todo aquello que la avergüenza: padres, madres, orígenes. Una clase que es ajena al honor, el sacrificio, el orgullo; henchida de sueños ambiciosos y soberbia.

Fotografía de 1955

Padre baila con Abuela Luisa, que tuvo el ataque de hemiplejia meses después. Abuela Luisa es la madre de Madre y parece cansada y triste. No es demasiado vieja pero es como si esa noche hubiese sabido que ella ya no tiene un lugar en todo ese mundo que comienza a formarse a su alrededor. Tal vez, advierta que Padre la sostiene con desgano y a la espera del flash de la cámara para deshacerse de ella. Es eso lo que hay en su mirada: la conciencia de haber vivido entre dos flash. El flash que, por un instante, iluminó el cuarto cuando nació Madre y este flash, cuando comprende que Madre deja de ser, inexorablemente, parte de ella.

Tío y Ti los miran. Ti murmura en el oído de Tío, que muestra una sonrisa maliciosa. Tío y Ti son los mejores amigos de Padre y Madre. Un hombre, de espaldas, conversa con Madre. Creo que es alguien relacionado con Isaac Rojas, uno de los jefes de la revolución que derrocó dos meses atrás a Perón. Me parece que su nombre es Enrique Núñez y es posible que haya sido novio de Madre.

Padre y Madre son conscientes de sus roles como protagonistas y los cumplen como si hubiesen memorizado el guión de una película y estuvieran actuando como Clark Gable y Rita Haywoorth.

Fotografía de 1955

Padre y Madre están a punto de cortar la torta. Se advierte la afectación de la pose. Tienen un cuchillo y Padre apoya su mano

en la mano de Madre. La torta es de tres pisos y con una pareja de novios de molde en la cima.

Abuelo Pipa, el padre de Madre, tiene la cara alegre, ha bebido mucho; alguien le pasa un brazo por encima de los hombros. Abuelo fumaba en pipa y sostenía la pipa entre los dientes mientras hablaba. Le gustaba sentarse al sol, a leer libros de historia. Continuamente, releía a Gibbon y, después de leer a Colette, Melville y Quiroga, dijo que la literatura es una pérdida de tiempo porque crea un mundo inexistente y nos oculta la realidad, como si alguien pusiera su mano delante de nuestros ojos. Abuelo Pipa se orinaba en los pantalones el año anterior a su muerte. Madre lo internó en un geriátrico y lo visitaba cada quince días, siempre en días hábiles, de este modo encontraba excusas diciendo que debía hacer alguna cosa y sus visitas no duraban más de una hora. La noche en que murió Abuelo Pipa, Padre festejaba su cumpleaños y había amigos en la casa. Esa noche escuché a Abuela Luisa decir: «Por fin». Al otro año, Abuela Luisa tuvo el ataque y, a los siete meses, el infarto que la mató.

El padre de Padre murió de cáncer, como su mujer. De Abuelo Cáncer recordamos poco, éramos demasiado chicos. Este Abuelo fumaba cigarrillos sin filtro y tomaba fernet en el desayuno. Me acuerdo que tosía y caminaba dando vueltas a la manzana.

Abuela Ana, la madre de Padre llegó a pesar cuarenta y un quilos y se le notaban los huesos a través de la piel. En el cementerio, el día de su entierro, Madre pudo llorar y eso agradó a Padre. Seguramente, Madre lloró por el recuerdo de la muerte de su propia madre que esta nueva muerte reavivó. De todas maneras, hizo lo mismo que la mayoría de las personas que lloran en estos casos: llorar por sí misma. ¿Hay otra forma de llorar que no sea por uno mismo, por el propio dolor, por la propia angustia?

Después de esta muerte, la obsesión del cáncer con la que Padre convivía aumentó. Era un hipocondríaco. Solía palidecer y apenas

hablaba durante varios días imaginando tener los síntomas. Nuestra casa se llenaba de placebos que los médicos le recetaban.

Fotografía de 1956

Esta mujer es Tía Lucila, hermana de Madre, que está junto a ella. Sentada en el sillón de mimbre, Marcela, la mejor amiga de Madre. La de atrás es Ti. A la otra no la conozco. Impresionan como señoritas serias, sus ropas son tradicionales y cerradas; las faldas les caen por debajo de las rodillas y están tan pulcras que bien podrían ser flamantes egresadas de una academia. Todas ellas tienen las facciones libres de tensión. No cabe duda que vienen de un mundo distinto y que ignoran la clase de vida que les aguarda. Todavía caminan en jardines con aromas de rosas y jazmines. Cuando alzan las miradas únicamente pueden ver los reflejos del sol a través de las hojas de los árboles. Desconocen que, más adelante, y por el resto de sus vidas, entraran a un lodazal en el que se meterán hasta las rodillas.

Fotografía de 1957

Ricardo entre Padre y Madre. Ricardo es un bebé vestido con un conjunto de hilo azul. Madre se cortó el cabello. Tiene puesto un salto de cama acolchado, de raso blanco, ligeramente abierto, y que deja ver una pequeña parte de su corpiño. Hay ojeras bajo sus ojos. Ella pone el chupete en la boca de Ricardo; la tarea la aburre y la oprime. Sus mejillas están cubiertas por una tenue sombra y su mano sosteniendo el chupete muestra el ademán pesado de la obligación. Es como si hubiera perdido la cómoda satisfacción de sí misma y esta realidad hubiese aplastado sus fantasías. Da la impresión que algo en su interior comienza a destruirla. Tal vez, ella esté sintiendo el comienzo de su destrucción pero carece de las fuerzas para agitar

los brazos como alas y volar lejos, muy lejos; hasta que se encuentre tan alto que no pueda ver todo esto que la rodea y la asfixia como una soga alrededor de su cuello.

Padre reclina la cabeza en la almohada con cierta satisfacción cansada. Mira a Ricardo como si estuviera viendo una parte de su propio cuerpo o fuera el símbolo de cierta clase de éxito. Padre pareciera estar al borde de una pileta de natación en la cual, él y muchos como él, se arrojará para correr una carrera en la que las reglas desaparecen y lo único que importa es llegar primero aunque, para conseguirlo, haya que patear la mandíbula de otro competidor.

Fotografía de 1958.

Ricardo temblequea de pie mientras Padre lo toma de las manos. Ricardo mira el suelo, es de madera y una luz se refleja sobre el encerado; en el vano de la puerta hay un par de patines de paño. Padre comienza a perder pelo en la coronilla, se la ve porque se inclina controlando a Ricardo. Todavía es un hombre joven pero pareciera estar envejeciendo prematuramente, como si su cuerpo reflejara sus intereses en la vida, cada vez más distantes de la inconciencia irresponsable y las ilusiones de la juventud. Padre comienza a llevar una venda sobre los ojos y se la quitará solamente para ver lo que desea.

Madre permanece expectante en la penumbra del living; su cara se esfuma. Su figura está ahí, partida por la suavidad de la luz. Ella parece estar retrocediendo, encogiéndose como un animal a la defensiva y que, viéndose sin escape, acabará por dar un salto desesperado hacia adelante, dispuesto a clavar sus garras afiladas. ¿En qué momento dará ese salto? ¿En quién clavará sus garras? ¿Ya lo sabe en este momento en el que se la ve tan ajena a su marido y a su hijo?

Al fondo, atravesando la puerta, por detrás de Ricardo y Padre, está el Bambi de paño, enorme, que Tío y Ti le regalaron a su ahijado y sobre el que Madre dijo que serviría para juntar mugre.

Fotografía de 1960

Marcela presentó a Ernesto como constructor. Más tarde, averiguamos que apenas era capataz. No se lo reprocharon demasiado. De un modo u otro, todo el mundo trataba de aparentar lo que no era. Todos solían hacerlo con tanta vehemencia que acababan convencidos de ser aquello que simulaban.

Ernesto tenía una espalda enorme, los músculos marcados y torpeza en el hablar. Pero conocía sus limitaciones y en esto aventajaba a los demás, que se negaban a aceptar su propia mediocridad. Marcela era realmente culta e inteligente y bastante atractiva; pudo elegir un marido más capaz intelectualmente. Es probable que Marcela se dejara arrastrar por lo que dictaba su vagina. En realidad, si así fue, no hizo nada que no hicieran los demás. La mayoría de los hombres y mujeres eligen a sus parejas de acuerdo a los consejos de sus órganos genitales. Pero, en el caso de Marcela, esta clase de elección era demasiado notoria.

Madre dijo que Ernesto era un negro peronista y discutió con Marcela pidiéndole que lo dejara.

Tío afirmó que Marcela era una asesina reprimida. Según él, las mujeres que eligen hombres fuertes y agresivos (boxeadores o militares), buscan quien golpeé y asesine por ellas. De esta manera, Marcela había conseguido un asesino para que matara por ella. Nadie pudo saber si Tío habló en serio o en broma. Como siempre, Ti le siguió la corriente y dijo que no era mala idea tener un hombre con fuerza para cargar las valijas pesadas en los viajes o correr la heladera para limpiar atrás.

Fotografía de 1962

Una reunión en el living de casa. Todos están acomodados en los sillones nuevos.

Felipe, que ya se había casado con Tía Lucila, defendió la revolución cubana y Tía Lucila dijo que el Che había estado en la Argentina y se había reunido con el presidente Frondizi. Dijo que Frondizi era comunista y que por esa razón acababan de derrocarlo. Tío los trató de monos ignorantes. Pero Felipe no le dio importancia a lo que decía Tío. Dirigía obras de teatro y daba la impresión de ser un tipo al que no le importaba nada de nadie. Como si estuviera convencido que Tía Lucila y los demás eran pasajeros en su vida y a los que, tarde o temprano, les daría un empujón arrojándolos a un pozo.

Padre parece preocupado en que Ricardo no manche con chocolate los sillones.

Madre está embarazada. Su vientre luce bastante hinchado. Da la impresión de estar incómoda en el sillón y disgustada con alguien. Es como si no quisiera estar en ese living. No tener nada en el vientre. No tener a nadie a su alrededor. No tener esa personalidad que había adoptado y que abandonaba tan lentamente que nadie lo percibía aún, ni siquiera ella misma.

Fotografía de 1964

Madre está sola en esta foto (¿solo en la foto?). Mira con rencor (¿contra quién?). Sus mejillas son ásperas, sus labios están pintados en exceso. Trata de sonreír pero contiene la angustia endureciendo las facciones. En ella conviven dos mujeres: una, la que se ve; tras ella, hay otra (¿cuál?, ¿cómo es esta otra mujer?). Parece dispuesta a rebelarse y cambiar por completo de vida. Pero todavía no puede hacerlo. ¿A quién culpa ? ¿Qué es lo que odia? ¿Se odia a sí misma?

¿Cuándo nació en ella ese sordo rencor? ¿O dolor? Es como si la rozaran alas de ángeles mientras pequeños demonios tironearan sus cabellos. Le sucede lo mismo que a todos nosotros, que estamos disputados por ángeles y demonios. Pero a ella le está ocurriendo precisamente en este momento.

Fotografía de 1965

Padre y Madre veranean en Mar del Plata. Todos esos años alquilaron el mismo departamento, a una cuadra del casino. La sonrisa de Padre le infla las mejillas; se nota su vientre abultado, sus piernas se ven velludas y demasiado delgadas, el short es amplio y le da un aspecto algo ridículo. En la mirada de Madre hay una ausencia de ilusiones. En su cuerpo, una sensualidad contenida. En sus ojos se mantiene la sombra de rencor. Pero hay algo más en su mirada: la prontitud de la rebeldía, el negarse a la resignación. Su brazo roza el brazo de Padre. Esa cercanía la molesta. Es como si esperara el fin del fingimiento de la pose para separarse de él y recuperar su propia piel. Ser ella, distinta a él, ajena a él. Como si estuviera parada en la frontera de lo que fue y de lo ya no será. Pero dudara en sacar el pasaporte de la cartera y cruzar.

Fotografía de 1966

Madre observa a la cámara pero, en realidad, no está mirando nada. Algo se ha quebrado definitivamente en su interior.

Padre se ubica al lado de Madre. Usa traje y su rostro irradia prosperidad y olor a perfume. Felipe, muy gordo, se abraza a Tía Lucila. Da la sensación de estar contento, como si se hubiera sacado un peso de encima o estuviera a punto de sacárselo.

—Me voy a Ecuador —le dijo.

—¿Qué vas a hacer en Ecuador?

—Teatro. ¿Qué otra cosa sé hacer?

Tía Lucila vaciló. Dudó en hacer la pregunta.

—¿Pensás llevarme?

—No se me ocurrió. ¿Qué podés hacer en Ecuador?

Ella se quedó quieta y callada, como si cualquier movimiento o cualquier sonido fuesen a resultar inconvenientes y la catástrofe ya no pudiera detenerse.

—Soy tu mujer —dijo, al fin, con voz ronca.

Él la miró y sonrió.

Después, Felipe nos escribió dos cartas que Madre rompió sin abrir. Madre nunca comprendió que Felipe no era la clase de hombre que se conforma con una buena comida y adornos milimétricamente colocados. Tía Lucila se deprimió y tuvieron que internarla y darle electroshock. Más tarde, comenzó a visitar a los curanderos porque se convenció de que le habían hecho un embrujo. Se pasaba los días rezando y encerrada en su casa. Cuando tocaban el timbre, ella espiaba por las hendijas de los postigos y jamás atendía, a menos que fuese Madre. Se puso muy pálida y siempre vestía de negro.

Años más tarde, salió a la calle. Lo hizo en forma tan repentina como al comenzar su encierro. Empezó a pintarrajearse y usar vestidos coloridos, cortos y escotados. Era común que subiera a cualquier auto que la siguiera y que dejara entrar a unos cuantos hombres a su casa pero no creo que cobrara por lo que hacía.

Ti dijo que el cura de la iglesia había abusado sexualmente de Tía Lucila. Madre no le creyó, le pidió que no hablara estupideces y, con un gesto de desprecio en la cara, dijo:

—Ya de chica estaba loca y siempre tuvo alma de puta.

Padre dijo que lo de Tía Lucila era previsible. Lo mismo se le escuchó decir cuando ese año Onganía derrocó a Íllia. Para Padre, todo era previsible.

Fotografía de 1967

Madre está acompañada por Mariela, la mujer de Elmo. Mariela inclina la cabeza y mira su propio pecho. Madre señala ese pecho pero no está indicando los senos de Mariela sino el collar que lleva. El gesto de Madre, a primera vista, parece distendido. Sin embargo, si se mira con mayor atención, la sonrisa es forzada y se asemeja más a un rictus en el que se trasluce su tensión. Es como si el collar tuviera una particular importancia. ¿El collar debiera estar en su cuello y no en el de Mariela?

Al sacarse esta foto, Madre hace un tiempo que es la amante de Elmo. Y esto hace que la fotografía resulte curiosa. Si Mariela conoció la relación de su marido con Madre desde su comienzo, ¿qué hacen esas dos mujeres conversando de vestidos antes de la cena?

Fotografía de 1968

Padre posa con Chifle y Perra. Padre se ha quedado casi calvo y ha engordado no menos de quince quilos. Sonríe diciendo «chic». A Padre parece gustarle que le saquen fotos. Es como si precisara la mirada de los otros para sentir que es algo.

Fotografía de 1969

Padre está con Elmo en el patio de casa. Elmo es elegante. Padre impresiona diez años más viejo y, sin embargo, tienen la misma edad. Ricardo muestra arrogancia. Es un muchacho obediente e indeciso, nadie tiene quejas de él. Sin dudas, Elmo posee la prestancia del hombre seguro de sí: gana buen dinero y su casa es la mejor de la zona.

Elmo irritaba a Tío cuando hablaba en defensa de la dictadura de Onganía. Muy pocos eran capaces de comprender a Tío en asuntos

políticos. A todo el mundo le parecía que la dictadura militar estaba bien y, al estallar los motines populares de ese año, se preguntaban quiénes eran esos tipos que formaban barricadas e incendiaban ruedas de automóviles en Córdoba, como imitando a los del mayo francés del año anterior. Nadie entendía por qué protestaban. La mayoría de la gente estaba satisfecha y casi nadie comprendía lo que significaban república o democracia. Eran palabras que los maestros pronunciaban en las escuelas mientras los alumnos hacían aviones de papel o rayaban los pupitres.

Fotografía de 1969

Madre, sentada en una reposera; sus piernas están muy bronceadas y las muestra con sensualidad. Fuma y el humo le molesta en los ojos. Cerca de ella, de pie, Elmo tiene un vaso de vino en la mano y habla con Padre. Madre dirige la mirada hacia ellos. En sus labios hay una tenue sonrisa, como si estuviera comparándolos pero sabiendo de antemano quién es el derrotado. Padre vigila el asado. Perra se ha ubicado junto a la parrilla. Elmo controla la situación. Es notorio que Madre desea quedarse a solas con él, hay en ella un aroma de urgencia sexual que antes no poseía.

Madre ha dejado de ser la mujer que era (¿qué mujer era?). ¿Ha cambiado o siempre fue como se la ve y esperaba la oportunidad para mostrarse? ¿Qué le pasó a esta mujer que se ve para casarse con un hombre como Padre? ¿Y Padre? ¿Ve a esta mujer?

Fotografía de 1969

Ricardo y Chifle están vestidos para ir a la escuela. Ricardo es muy alto comparado con Chifle. Tiene la cara sonriente. Chifle va a su primer día de clases y está muy serio. Él y Ricardo llevan portafolios y arrugan el entrecejo por el sol que les da en las caras.

Ricardo lloraba por todo. Chifle, en cambio, jamás derramó una lágrima frente a nadie. Solo Ricardo lo escuchó llorar en la oscuridad del cuarto, apretando la cabeza contra la almohada. Al hacerse hombre, Ricardo se preguntó por qué nunca fue capaz de preguntarle qué le pasaba.

Ricardo era apegado a Madre y sentía celos de Chifle. Este pensaba que en ningún caso podía contar con su hermano y ni se tomaba la molestia de intentar jugar con él o de mostrarle afecto.

Padre y Madre nunca se interesaron en los vínculos que había entre sus hijos. La preocupación de Padre era cambiar de coche. La de madre, mantenerse delgada.

Fotografía de 1970

Mayol iba a casa los jueves. Le leía las manos y le tiraba las cartas a Madre. Una tarde apareció con el labio partido y un moretón en el pómulo: lo habían golpeado quitándole el reloj y una cadenita de oro. Mayol lloró y dijo que jamás imaginó semejante acción en Federico, uno de sus amantes ocasionales

—Tenés que ser más cuidadoso con esos tipos que llevás a tu casa. La mayoría de ellos quiere más tu plata que tu culo —le dijo Madre—. Hay que ser bastante pelotudo para hacerse matar por un polvo.

Más que estar haciéndole una advertencia, parecía que Madre se burlaba de él. Ya había servido cerveza y no dejaba de limarse las uñas. Madre había trepado a una escalera muy alta saltando los peldaños de dos en dos. A veces, giraba la cabeza y veía allá abajo a tipos como Mayol.

En la fotografía, Mayol está sonriendo y pasa un brazo por la parte posterior de la cintura de Ricardo y el otro brazo por la cintura de Madre. Su cabeza está inclinada hacia Ricardo. Es una inclinación leve, apenas perceptible.

Padre soltaba un sonido nasal cada vez que mencionaban a Mayol y nunca se quedaba en el mismo sitio que él. Padre tenia frente a él un muro muy alto que separaba a hombres y homosexuales; naturalmente, él ocupaba un lado de ese muro y Mayol, el otro. Jamás podrían estar en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Un domingo a la tarde, en el que llovía torrencialmente, Mayol le tiró las cartas de tarot a Ti y le anunció la muerte de Tío. Ella se sintió muy molesta. No era común verla así. Ti dijo que hay cosas con las que no se juega Nunca le perdonó a Mayol que se lo dijera. Era supersticiosa y experimentaba horror frente a la muerte o, tal vez, fuera mayor su horror a la soledad.

Fotografía de 1970

En esta época, Padre y Marcela se hicieron confidentes. Estaban mucho rato dialogando a solas. Ernesto se mostró incómodo por eso. Marcela no se interesó por la preocupación de su marido, ella le había puesto límites y él debía cumplir con su función: dar en la cama lo que Marcela quería. Fuera de la cama, ella podía hacer lo que se le diera la gana y él limitarse a ser un acompañante de privilegio.

Padre actuaba con displicencia frente a Ernesto y conversaba con Marcela de temas que este desconocía. Ernesto se mantenía callado y fumaba mirándolos con una actitud complaciente. En la fotografía, están los tres y Ernesto, detrás de esa complacencia, tiene en la mirada ciertas sombras que nadie parece advertir. En esa mirada, tal vez, haya algo que anuncie acontecimientos venideros.

Fotografía de 1971

Mayol en el día que regresó de Europa. Madre fue a esperarlo a Ezeiza. Le hizo una recepción en casa. Padre no estuvo. Tampoco

Ti. Marcela llegó sola. Mayol contó de los europeos y aseguró que éramos un país atrasado en cincuenta años. A Madre le gustó que le hablara de la moda y de las mujeres que tomaban sol en las playas sin usar corpiño. Mayol era el único que podía entretenerla. Él bromeó diciendo que Perón estuvo a punto de regresar en el mismo avión. En ese tiempo, Perón estaba exiliado en España y siempre se hablaba de su retorno.

—Ese no vuelve más —dijo Madre, con el mismo desprecio que mostraba cada vez que hablaba de los peronistas.

Fotografía de 1972

Es el cumpleaños de Marcela. Se ha cambiado el peinado y el color del pelo. Padre la mira con una expresión que tiene algo de exceso: los ojos demasiado abiertos, los labios demasiado extendidos, las mejillas demasiado encendidas. Por detrás de él, Madre, con una copa en la mano, tiene la mirada puesta en ningún sitio. Ernesto, a la derecha de Marcela, tiene, otra vez, la misma tenue sonrisa. Sin embargo, hay algo en él que se mantiene contenido. Como si estuviera dejando que los acontecimientos se produzcan y supiera, ya en este momento, lo que debe hacer cuando él lo decida. Ernesto confiaba en Ti; nos parecía que confiaba únicamente en ella. Ni siquiera Marcela sabía de Ernesto lo que Ti conocía.

—¿Vas al cementerio a verla? —preguntó Ti.

—No. Ella no murió —le contestó Ernesto.

—Marcela me dijo que tu mamá había muerto.

—Eso piensa ella. Pero está viva.

Ti se quedó en silencio, esperando.

—Me abandonó cuando era chico. Yo era un muchacho bastante grande ya y supe dónde vivía. Fui a verla. Sin abrir la puerta, quiso saber quién era yo. Se lo dije. Me quedé ahí parado mucho rato

y la puerta no se abría. Volví a golpear. Entonces, ella, detrás de la puerta, con una voz ronca, llena de odio, gritó: «¡Andate. No hay nada acá para vos!».

Ti le aconsejó que le dijera la verdad a Marcela.

Después, Marcela le contó a Madre.

Ella le respondió:

—¿Y qué te llama la atención? Son cosas de negros.

Fotografía de 1973

«No hay necesidad de correr riesgos», le dijo Padre a Marcela.

Tío y Ti hablaban de las muertes de Ezeiza, el día en que regresó Perón. Ese día de junio fue una verdadera masacre. Es probable que Padre haya dicho lo que dijo refiriéndose a eso. O, tal vez, hacía alusión a otra cosa. En la foto, están los cuatro sentados en la mesa del comedor, un mediodía de domingo.

Padre: —Los riesgos se corren solo por dinero.

Marcela: —Hay una clase de riesgos que vale la pena correr.

Ti: —¿El amor, por ejemplo?

Marcela: —Es en lo único que vale la pena arriesgarlo todo.

Padre: —Es una extremista. (Padre ríe)

Marcela: —¿No arriesgarías todo por amor?

(Padre vuelve a reír).

Ti: —El amor no es para los hombres.

Marcela: —¿Arriesgarías tu dinero por amor? (Mira a Padre)

Padre sonríe y levanta una ceja. En esta pose salió en la foto. Frente a él, Marcela sostiene su mirada.

Fotografía de 1973

Ti se ha vuelto vieja de golpe. Está gorda y fea. Tío sufre de hipertensión y se irrita con facilidad. Pasan todo el tiempo discu-

tiendo de política desde el año anterior, en que los militares llamaron a elecciones y el peronismo ganó con facilidad en marzo. Cámpora fue presidente pero Perón lo echó antes de los dos meses. Algunos creyeron que Perón era Mao. Acabaron enterándose que era Perón y que los de izquierda estaban parados sobre un cubo de hielo que se derretía.

Padre aparece con un gesto ambiguo. Padre pasaba poco tiempo en casa y faltaba a la mayoría de las cenas. Elmo entraba y salía de la casa y le hacía el amor a Madre en la cama matrimonial. Nadie decía nada al respecto. Hasta parecía normal.

En el mes de septiembre, Tía Lucila nos visitó y lloraron con Madre, hacía tiempo que no se encontraban. Padre le dio la mano de mala gana y se fue a dormir la siesta. Tía Lucila estaba muy delgada y tomaba pastillas por orden psiquiátrica.

Tía Lucila se mudó a Entre Ríos, siguiendo a Etchecopar. Él era casado y no sabía cómo sacarse de encima a Tía Lucila. Madre recibió una carta de una vecina de Tía Lucila. Le decía que estaba en el manicomio. Se había acostado desnuda en el medio de la calle para masturbarse.

Al fin de ese año, Madre se peleará con Ti y Tío y no los volveremos a ver. Siempre recordamos los caramelos de Tío y las bromas y las risas de Ti. Muchas veces pensamos si ellos pensarían en nosotros o si nos habían convertido en esa clase de recuerdos que aparecen imprevistamente y se alejan rápidamente, como quien aparta, de un manotazo, a una mosca.

Fotografía de 1974

Poco después de esta foto, Marcela dejó de ir a casa. Llegó a casa usando anteojos oscuros, lloriqueando, y con una gran mancha morada sobre el pómulo y parte del ojo, que tenía entrecerrado.

—Me pegó una trompada.

Madre comenzó a caminar de un extremo al otro del living. Tenía un vaso de whisky en la mano y no dejaba de decir que Ernesto era un negro de mierda. Padre llegó cuando todo había acabado y no vio cómo Ernesto se metió en casa y, sin saludar ni decir palabra, se quedó mirando fijamente a Marcela. Ella buscó la cartera y salió con él sin abrir la boca.

Madre llamó a Mayol y estuvieron hasta la hora de la cena hablando de Marcela. Al otro día, murió Perón. Pasaron el velorio por televisión y Padre se acordó de su padre, se deprimió y fue de médico en médico para asegurarse de no tener un tumor.

Al año siguiente, Marcela telefoneó a Madre contándole que estaba embarazada. Madre no la visitó en el sanatorio pero le envió un moisés de regalo.

A su modo, Ernesto se adueñó de su mujer. Él tenía dos armas espléndidas para convertirse en amo: fuerza para trompearla y un buen pene para darle el placer suficiente como para que ella olvidara el dolor de las trompadas. Con seguridad, logró que Marcela tuviera que pensar muy bien antes de andar calentando tipos y pensarlo mucho más antes de ser infiel.

Fotografía de 1975

Esa mujer que trata de escapar de la foto es Madre. Su rostro está tenso y a punto de reventar rompiéndose en mil pedazos. Ricardo trata de darle alguna cosa que tiene en la mano. Madre se aleja rechazando lo que él intenta entregarle. Ricardo terminó el colegio secundario y se prepara para ingresar a arquitectura. Su cara todavía tiene acné.

Ese año su novia era Marta. Ella tenía buenas piernas; el resto era una cara de ojos pequeños y nariz excesiva; unos pechos insignificantes y una charla desabrida. A pesar de eso, Ricardo duró un par de años con ella.

La pobre Marta tuvo que tolerar a Madre. En esto, Marta se comportó como una de esas buenas novias dispuestas a enlazar por completo a su pareja: se humilló cuanto pudo.

En el fondo, Madre nunca la consideró una competidora de su talla pero, de cualquier modo, la hostigó permanentemente. Era su manera de mantenerse en buena forma.

Fotografía de 1976

Ricardo juega a las cartas con Oscar y José Luis. Los dos eran compañeros de la facultad de Ricardo. José Luis se recibió de arquitecto y, a veces, se encontró con Ricardo pero ya no era como antes. Oscar salía con Laura. Ella se había ido de su casa o el padre la había echado por un aborto que se hizo. Trabajaba en una boutique para pagarse los estudios de psicología; también estudiaba teatro y, con una guitarra desafinada, cantaba canciones de rock. A Oscar, su padre le daba dinero y no le permitía trabajar. El padre de Oscar era ingeniero, ganaba mucho dinero haciendo negocios con el gobierno y se jactaba de ser amigo de algunos militares que habían dado el golpe que derrocó a Isabel Perón que, como en las dinastías, había sucedido a su marido.

A pesar de la relación del padre de Oscar con los militares, él y Laura estuvieron detenidos y pensamos que no sabríamos nunca más de ellos. Sin embargo, aparecieron con vida aunque no quisieron contar ni una palabra de lo que les había sucedido. Nos dimos cuenta que estaban atemorizados. Fue extraño que entendiéramos el miedo de ellos y no fuésemos capaces de tomar conciencia de nuestro propio miedo.

Siempre creímos que el padre de Oscar había logrado que los liberaran. Pero, seguramente, los soltaron porque no eran ninguno de los dos eran importantes. El padre de Oscar lo mandó a España. Laura se quedó.

Antes de que Oscar viajara a España, Padre acosó a Ricardo para que dejara de verlos, él decía que Oscar y Laura estaban metidos en algo. «Por algo se los llevaron, algo habrán hecho», dijo durante la cena y Ricardo respondió: «Puede ser».

Un año después, los padres de Laura se comunicaron con Padre. Buscaban a Laura. Había dejado de ir a la boutique y sus compañeros de facultad y tampoco los de teatro sabían nada de ella. Luego, alguien nos contó que la madre de Laura andaba con un pañuelo blanco en la cabeza y, junto con otras mujeres, daba vueltas en la Plaza de Mayo.

Padre dijo:

—Son unas pobres locas.

Miró a Ricardo con suficiencia y agregó:

—No estaba equivocado cuando dije que te separaras de ellos. Ya ves que estaban metidos en algo raro. Lo mejor que pudo pasarte es no verlos nunca más.

Ricardo se quedó en silencio.

Desde la puerta de la habitación, Madre dijo:

—Esa mocosa se fue a España. Allá tienen que ir a buscarla.

Padre asintió con la cabeza.

Fotografía de 1978

Ese verano, Madre pasó la mayor parte de los días completamente borracha. Después, intentó suicidarse. Inició un tratamiento psiquiátrico pero lo abandonó a los seis meses.

Padre trataba de estar lo menos posible en casa y Ricardo abandonó la facultad. Abandonar la facultad fue el único acto de rebeldía en la vida de Ricardo y lo lamentaría años más tarde.

Madre le dio una cachetada a Mayol y lo echó de casa. Mayol se metió en el dormitorio de Ricardo y quiso besarlo. Madre se enteró porque Ricardo lo sacó a los empujones del cuarto y estuvo a punto

de darle una trompada. Mayol lloró pidiéndole a Madre que lo perdonara y lo comprendiera: estaba enamorado de Ricardo.

—Mis hijos no son maricas —le dijo Madre—. ¡Sos un asqueroso! ¡Un puto de mierda! Me das ganas de vomitar.

Entonces, le pegó la cachetada.

Cuando Mayol le pidió perdón demostró conocer poco a Madre. A pesar de escuchar sus confidencias, y estar con ella durante horas, nunca supo cómo era realmente. Cualquiera de nosotros sabía que Madre jamás perdonaba a nadie y siempre buscaba venganza.

Creo que Padre no se enteró. Tampoco sé si hubiera hecho alguna cosa al respecto. Padre fue a ver todos los partidos de la selección en el mundial de fútbol y lo que pasara con Madre o en la casa ya no era un asunto de su incumbencia.

Elmo se preocupaba por su hija Celina. Ella se juntaba con unos tipos a tocar la guitarra y cantar en inglés. Mariela, la mujer de Elmo, le había encontrado cigarrillos de marihuana. Luego, Celina se fue a Brasil y no volvió más.

Elmo cambió de actitud con Madre. Ella lo llamaba por teléfono y él encontraba excusas para no verla. Madre lloraba, se emborrachaba y empezaba a caminar por la casa dando gritos e insultándonos.

En la foto, Padre está a punto de ir a la cancha para ver el partido que la selección jugó con Francia. Lleva puesto un gorro con los colores de la selección y, en la mano, sostiene una banderita argentina.

Fotografía de 1979

Ricardo con Liliana en Mar del Plata. Ella es bonita y la malla le marca el busto y las caderas. Ricardo tiene un poco de vientre y sonríe como un empleado de la Empresa. En Liliana hay una belleza serena pero es difícil saber si esa serenidad es simulada o real. El mar se ve calmo y refleja el color intensamente azul del cielo.

Fotografía de 1979

Liliana toma de los brazos a Chifle y ríen a carcajadas. Liliana solía ser impulsiva y capaz de romper la habitual introspección de Chifle. Hacían pareja jugando a la canasta y era imposible ganarles, ambos eran tramposos. Ricardo nunca advirtió que le hacían canastas de seis cartas. En enero, Liliana conoció a la familia.

Madre salió poco y nada del departamento y se entretuvo haciendo solitarios y mirando pasar a la gente asomándose al balcón. En todo ese verano, nunca fue a la playa y pocas veces se vistió. Siempre usaba una bata de raso o camisones demasiado escotados. Cuando estuvo a solas con Liliana, le tiró el tarot. No sé qué le decía pero Liliana la miraba en silencio. Al terminar, Liliana sonrió. La sonrisa parecía franca y amable pero no coincidía con la mirada. Liliana comenzó a hablar y, a medida que lo hacía, el rostro de Madre se iba contrayendo en una mueca extraña en ella. Madre se sirvió otro whisky y Liliana se puso de pie, colocó una de sus manos en la cintura y sus pechos cobraron realce, como si estuviera absolutamente segura de su cuerpo y de sí misma y acabara de zarandear a un rival. Madre dio la impresión de haberse deprimido, como si hubiese fracasado en un examen. Había subido al ring a boxear con un esparrin y se encontró con una rival que no esperaba.

El primer round se lo había ganado «la mocosa de mierda», como ella llamaba a Liliana.

La que está aquí es Virginia. Era amiga de Liliana y tenía dos años más que ella. Estaba separada y con una hija que veraneaba con el padre. Virginia tenía un cuerpo atractivo, nunca usaba corpiño y sus pezones se traslucían. Le divertía excitar a Chifle, como si le gustara la idea de calentarlo para que se masturbara pensando en ella.

Fotografía de 1980

Chifle terminó el colegio secundario y Liliana se comprometió con Ricardo. Los tres están abrazados, con Liliana en el medio, y sonríen en la puerta del garaje de casa.

En ese tiempo, Chifle hablaba de la inutilidad de la vida y de la hipocresía en la que todos vivían. Solamente Liliana lo escuchaba con cierto interés. Chifle creía que su cruz era la más grande de todas y pasaba los días aguardando a su Simón de Cirene. Padre o Madre o los militares eran buenas excusas para pasar el tiempo escuchando música y fumando en la casa. Era como si todo el tiempo se preguntara: ¿Por qué tengo que sentir en carne propia las culpas ajenas?

Cuando Virginia se encontró con Chifle, en la estación de subte, le pidió que la llamara. Chifle no se atrevió y lo hizo ella. Para Virginia, el sexo era una válvula de escape con la que amortiguaba la angustia. A Chifle le provocaba repulsión la forma grosera en que ella lo practicaba. Después de aliviar su tensión sexual, Chifle, sentía un profundo desprecio por todo lo que era Virginia. Sin embargo, ella ejercía una atracción fascinante sobre él. Ella era el Mal desafiándolo como una espantosa sensación de vértigo. Él debía aumentar la repulsión o entregarse y dejar que el vértigo lo arrastrara al fondo del precipicio. En cada cosa que hacía, Chifle precisaba tener esa sensación: la de tener los pies a la orilla del abismo.

Fotografía de 1980

Ricardo está besando a Liliana en la boca. Es un beso para la cámara. Están de pie, en el patio de la casa. Al fondo, hay gente reunida. Más cerca, está Chifle. Por alguna causa, endurece el rostro mientras mira hacia otro lado.

Liliana se enteró de que Virginia salía con Chifle y se alejó de ella. Virginia le dijo a Chifle que Liliana estaba celosa. Jugó con las palabras y, como si se corrigiera, dijo que Liliana estaba en celo. Chifle sintió asco de Virginia, ella ensuciaba todo. Luego, él la desafió.

Virginia estaba acostada y desnuda, su cuerpo era largo y delgado y con una cicatriz de apendicitis. Chifle acercó la llama del cigarrillo a uno de sus senos. El pecho de Virginia subía y bajaba aceleradamente. Chifle tocó el seno con la llama. Ella apretó los dientes sin proferir un quejido. Una de sus piernas se movió como si pateara una almohada. Él sostuvo el cigarrillo en el aire. La miró. Virginia percibió su despecho, él necesitaba destruirla. Ella intuyó lo que sucedería y no hizo nada por evitarlo. Necesitaba ver de lo que él era capaz. Sintió el latido de su sangre bajo su carne y contuvo la respiración. Chifle aplastó el cigarrillo contra el seno. La piel perforada despidió olor a quemado. Ella lanzó una queja, como un rugido desde el fondo de la garganta, y todo su cuerpo se arqueó como en el final de un orgasmo. El dolor corrió desde su seno a cada sector de su cuerpo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Logró contener el grito, se sentó quitando con desesperación las chispas que bailoteaban en los bordes del pezón.

—¿Ahora te sentís mejor? —dijo ella, su voz sonaba como quien contiene su odio.

Él se levantó en silencio.

Ella tenía un gesto brutal en la cara.

—¿Por qué te vas? Te falta hacer lo mismo sobre la otra. Hacelo. ¡Animate, pendejo hijo de puta!.

Los ojos de Virginia estaban llenos de lágrimas.

Chifle comenzó a vestirse.

—¿Qué esperás? Encendé otro cigarrillo y apagalo en la otra teta. ¡Hacelo, cagón!

Él siguió vistiéndose en silencio. Ella se tomó el seno con las dos manos, su cuerpo temblaba.

—¡Enfermo de mierda!

Él salió de la habitación sin decir palabra.

Fotografía de 1981

Ricardo y Liliana entrelazan los brazos. Liliana está magnífica con el traje de novia y Ricardo luce ridículo con el jaquet alquilado. Están en el salón de fiestas. Por detrás de ellos, sobre una larga mesa, se ve a la torta blanca de cuatro pisos con los novios de yeso en la cima.

Esta foto es un testimonio del triunfo de Liliana sobre Madre. Hay que reconocer que Madre se hallaba en un mal período: bebía excesivamente y gruñía todo el tiempo. Cualquiera hubiese querido separarse de ella. Liliana tiene en su rostro la luminosidad de esa doble victoria: la de conquistar un marido y la de vencer a Madre.

Liliana era inteligente y con mucha astucia a pesar de sus pocos años. Sabía cómo gustar a Ricardo, cómo resistir las embestidas de Madre y dónde golpearla para provocar el mayor daño posible. Fue una digna rival y resultó una pena que Madre se encontrara tan desmejorada para enfrentarla. Pudo haber sido una lucha mucho más cruel y digna de ser recordada.

Fotografía de 1981

Chifle, Padre, Ricardo y Liliana poco antes del suicidio de Madre.

Chifle se muestra amargado y bajo presión. Había sido incorporado al servicio militar y su pelo está cortado casi al ras. Además, tuvo una riña con Madre y ella exageró los insultos y las acusaciones. Chifle quedó sumido en depresión y Madre trató de calmarse bebiendo a toda hora del día. Ese año no recordamos haberla visto sobria. También supimos de la amante de Padre y que él

mantenía otro hogar. En el final de noviembre, Madre se suicidó colgándose del techo en el galpón del fondo de la casa.

Ricardo la lloró con amargura y hasta Padre derramó algunas lágrimas. En definitiva, en el pasado la había querido. Chifle estuvo imperturbable en el velorio y, en el entierro, apenas si se lo notó demasiado pálido y silencioso. Liliana no se apartó en ningún momento de su lado. Despertó curiosidad que actuara de esa manera, sobre todo pensando que Ricardo era su marido y estaba inconsolable. A Padre le dio un beso sin decirle una sola palabra de aliento. Las vecinas rezaron un Ave María y cruzaron miradas de reprobación con Liliana.

Tío y Ti no fueron aunque los esperábamos. Mariela se presentó en el velorio con un peinado recién hecho en la peluquería y la vi respirar hondo y soltar el aire con satisfacción frente al ataúd. Elmo llegó tarde al velorio y estuvo muy poco tiempo, el suficiente como para darle un tibio pésame a Padre y mirar a Madre en el cajón. Al verla, no consiguió evitar que en su cara se reflejara un sentimiento de repulsión.

Chifle observaba pensando qué era toda esa inmensa mentira que lo rodeaba. Pensó dos cosas: por qué estaba ahí y cómo hacía para escapar de ahí.

Después del entierro, la casa estaba diferente. Tuvimos la sensación que Madre se encontraba en alguno de los cuartos y en cualquier instante se uniría a nosotros. Liliana quiso hacernos hablar de otros temas pero Ricardo fue al dormitorio de Madre y se encerró a llorar.

Liliana preparó café y Chifle la ayudó con las tazas. Durante unos minutos estuvieron a solas en la cocina. Permanecieron en silencio. Escucharon el timbre y, luego, la voz de Marcela. Liliana tomó la bandeja con las tazas y, al pasar junto a Chifle, torció repentinamente la cabeza y le dio un rápido beso en los labios.

Fotografía de 1982

Chifle con el uniforme y el fusil entre las piernas. Lo han llevado a la guerra de Malvinas. Sus ojos son oscuros y miran con dureza. Hay en él una expresión firme, como la de alguien dispuesto a hacer lo que tiene que hacer. Lleva el casco echado sobre la frente y una bufanda le rodea el cuello. Sus botas están embarradas y, por detrás de él, se ve el monte Longdon. Mirando atentamente el rostro de Chifle, desaparece la dureza de sus ojos y queda una mirada de reverente espanto. La expresión de firmeza se deshace y se transforma en la fingida mueca de un niño asustado del castigo que le aguarda.

Fotografía de 1982

En el sofá están sentados Chifle, que ha regresado de Malvinas, y Liliana.

La punta del zapato de Liliana está apoyada en la parte inferior de la pierna de Chifle. La punta del zapato y la parte inferior de la pierna parecen unidos por infinitos hilos invisibles. Ella se inclina hacia él. Algunos centímetros los separan. Pareciera la distancia exacta para el movimiento hacia adelante o el movimiento hacia atrás. Ella se muestra relajada, segura de su cuerpo. Luce la mirada de mujer que siente que el mundo es suyo. Es como si todo fuera a suceder suavemente, sin estruendo. Como si ella supiera que es lo mismo quedar bien con Dios o con el Diablo porque Dios perdona y el Diablo premia. Hay en su rostro la belleza serena del cielo y la apasionada belleza del infierno. Junto a ella, Chifle se ve grandioso e insignificante. Es como un boxeador que hubiera recibido cientos de golpes y hubiese resistido de pie. Toda la grandiosidad del perdedor que, por orgullo, lo ha soportado todo es como si se estremeciera y acabara cayendo de rodillas,

transformándose en algo tan insignificante que esa mujer podría usarlo y arrojarlo a la basura cuando le diera la gana.

La punta del zapato de Liliana toca la pierna de Chifle. El punto exacto del encuentro de la pierna con la punta del zapato es el sitio del encuentro entre el deseo de Chifle y la voluntad de Liliana de avivar ese deseo. Liliana sabe que en su vagina ha nacido una corriente que atraviesa su muslo, su pierna, su pie y desemboca en ese punto de contacto. Sabe que Chifle, en este preciso instante, el del encuentro de la punta del zapato con la pierna, ha quedado a merced de esa corriente y lo arrastra a través de su pie, su pierna, su muslo, hasta ahogarlo en su vagina. Sabe que él no tendrá fuerzas para resistirse y que, inexorablemente, será arrastrado y que ella, solamente ella, tiene el poder.

Fotografía de 1983

Nos enteramos que Celina, la hija de Elmo, había muerto en Caracas. La mataron de dos puñaladas. Esto fue raro porque no conocíamos a ninguna persona que hubiese sido asesinada. Supimos que Celina se drogaba y conjeturamos que vendía droga y alguien se vengó de ella. Elmo viajó con Julio, su otro hijo, a buscar el cadáver. A Julio no lo veíamos desde nuestra niñez y, seguramente, no lo reconoceríamos en la calle. Mariela se quedó tomando una mayor dosis de sedantes que la habitual.

Ricardo consiguió un ascenso y Padre trató de convencer a Chifle para que también entrara en la Empresa. Chifle se negó diciendo que pensaba estudiar y esto calmó a Padre por un tiempo. Luego, se dio cuenta que Chifle solamente pretendía ganar tiempo para no hacer nada. De todas maneras, Padre no lo acosó en exceso ya que se fue de la casa pocos días antes de las elecciones que acabaron con la dictadura militar. Ricardo dijo que Padre había renunciado en la Empresa y nadie sabía adónde había ido.

Esta foto es del día de las elecciones que ganó Alfonsín. Era el día del cumpleaños de Liliana. Ella se estira sobre la mesa soplando para apagar las velas de la torta que Ricardo compró. Ricardo se muestra contento pero en su cara hay un velo de preocupación. La ida de Padre acababa de romper el mundo seguro que habitaba. Así es como se lo ve: desconcertado.

Chifle es el que está de espaldas, sentado frente a ellos. Es posible que esté mirando a Liliana o a Ricardo, que parece estar diciendo: «Pensá en tres deseos», mientras Liliana se estira sobre la mesa y sopla mirando, por encima de la torta, a Chifle.

Fotografía de 1985

Frente a la casa nueva, Liliana se recuesta sobre el automóvil que le regaló Ricardo. Luce satisfecha, mordiéndose con discreción la uña de uno de sus largos dedos. Había tenido una aventura amorosa con Elmo. Él le llevaba más de treinta años pero ella lo buscó para cometer su primera infidelidad. Liliana no ignoraba que Elmo había sido amante de Madre. Tal vez, estuvo dispuesta a llevar la competencia con Madre hasta compartir el mismo amante y, también en esto, resultar victoriosa. O la empujara el deseo de desquitarse de Ricardo, no porque él hubiera cometido alguna infidelidad sino por otras causas, difíciles de explicar aún para la propia Liliana. Ella sentía rencor contra Ricardo pero le resultaba imposible mencionar una sola razón que lo justificase. Como fuera, se entregó a Elmo viviéndolo como una liberación. Como si hubiese uno de esos peces solitarios que nadan dando giros en una pecera minúscula y, al fin, hubiese nadado hacia el mar abierto.

—Las monjas se pasaban el tiempo diciéndonos que era malo que nos tocáramos.

—¿Fuiste a un colegio de monjas?

—Te joden. Te digo que te joden con el sexo.

—¿Te sentís culpable por masturbarte mientras te miro?

—Siento como si me hubiera sacado una bolsa de cincuenta quilos de encima. Más o menos esto sentí cuando perdí la virginidad.

—No fue con Ricardo.

—No. Se llamaba Julio, como tu hijo. Creo que está desaparecido. No estoy segura.

Liliana hizo una pausa, después, dijo:

—¿Pensás en ella?

Elmo se quedó en silencio unos segundos. Después, con amargura, dijo:

—Siempre. No puedo sacarme su cara de encima. Pobrecita. Nadie está preparado para perder un hijo. Todo el tiempo pienso en ella, cuando era chica...

Liliana comprendió que Elmo no había entendido. No era esa «ella» la que le importaba. Se sintió repentinamente frustrada. Lo que pretendía había dado una vuelta carnero y todo lo que pudo haber sido algo excitante quedó arruinado.

Un par de meses más tarde, Liliana encontró la forma de sacarse de encima a Elmo. Él la buscó insistentemente hasta que se agotó ante la resistencia de Liliana a verlo. Sin dudas, las amenazas que ella le hizo tuvieron mucho que ver en el distanciamiento definitivo.

Liliana y Ricardo comenzaron a hacer viajes con Diego y Fernanda, su esposa.

Fernanda era simpática, baja, delgaducha y tenía dos hijos de los que le preocupaban los resfríos y las raspaduras en las rodillas. Invitó a Liliana a ir un domingo al zoológico con los chicos. Liliana la miró de reojo y, con una leve sonrisa, le preguntó: «¿Es en broma?». Siempre que no estuvieran los hijos, Liliana estaba a gusto con Fernanda. Pero esta ignoraba que, para Liliana, no había nada peor en el mundo que los niños y los viejos. Fernanda no se daba cuenta de esto ni tampoco del modo en que Liliana la manipulaba a su gusto. De cualquier forma, todos los que rodea-

ban a Liliana parecían no advertir que ella tomaba a las personas como hojas de papel sobre las que garabateaba para terminar estrujándolas y arrojándolas a la basura.

Fotografía de 1986

Es el cumpleaños del hijo menor de Diego y Fernanda. Ricardo toma del brazo a Diego y ambos están riendo, como si alguno de ellos hubiese contado un chiste. Fernanda se ve tensa. Por encima de su hombro, el rostro de Liliana se muestra dual: con la ligera tranquilidad de quien se siente libre de cadenas y el difuso sentimiento de alguien que el odio comienza a dominar y todavía no lo sabe.

Antes de la foto:

Liliana está sentada frente a la mesa de la cocina. Fuma y toma café. Fernanda le da la espalda y prepara los platos sobre la mesada. Fernanda mira por la ventana, hacia el patio. Parece vigilar a sus hijos o a la sirvienta que está con ellos. Sin darse vuelta, dice:

—Diego tiene una amante.

Liliana aspira el humo del cigarrillo. Su cara se endurece. Da la impresión de prepararse para que la golpeen.

—Es Cristina, la secretaria.

Liliana suelta el humo, lo mira ascender. Parece que hubiera vuelto a respirar con cierto alivio.

—¿Estás segura?

Fernanda gira, pone un plato sobre la mesa. Aprieta las mandíbulas. Le cuesta soltar las palabras. Como si las deletreara frente a un auditorio, dice:

—Está embarazada.

Liliana la toma de la mano. Fernanda llora. Contiene el llanto, se da vuelta hacia la mesada. La sirvienta entra a la cocina. Liliana le pide a la sirvienta que le alcance la cartera que dejó en el living.

Es una forma de sacarla de encima y una manera de tener unos segundos para acomodarse a lo que está ocurriendo.

—¿Cómo te enteraste? —pregunta con serenidad.

—Lo averigüé. No sabe que estoy enterada. No sé si decirle algo o quedarme callada.

Liliana chasquea la lengua contra el paladar.

—Andá al baño. Retocate el maquillaje.

Fernanda la obedece. Liliana la sigue con la mirada. Piensa: «Es una pelotuda».

Se queda sola. Murmura:

—Me la vas a pagar, hijo de puta.

Fotografía de 1986

Junto al árbol de navidad, en casa de Diego, todos están con una copa en la mano. Fernanda se muestra muy contenta y es la única que no bebe alcohol. Lleva cinco meses de embarazo y ha refaccionado la casa. Liliana tiene puesto un vestido escotado y toma a Chifle del brazo. Ricardo y Diego alzan los mentones y tratan de no pestañear.

No pasaba nada fuera de lo común hasta el momento en que Diego se emborrachó y defendió a los militares. Chifle permaneció en silencio. Se levantó repentinamente y le pegó una trompada. Ricardo le gritó a Chifle si estaba loco y lo insultó mientras Chifle cerraba de un portazo la puerta de calle.

Liliana lo siguió y tuvo que sacarse los zapatos para correr atrás de él. Lo tomó de los hombros, empujándolo contra las rejas del jardín de una de las casas vecinas. Los dos respiraban agitados. Él intentó zafarse pero ella lo contuvo. Le tomó de la cara con ambas manos y le metió la lengua en la boca. Chifle permaneció con los dos brazos a lo largo de su cuerpo. No era el mejor beso que le habían dado pero era el más poderoso. Las sienes le latían con

fuerza y las sentía como si un suncho de hierro candente las estrujara. Esta vez no era el estrépito de los obuses estallando en las cercanías de la trinchera mientras él repetía incesantemente: «Dios mío, Dios mío». Era una mujer a la que debía arrastrar por el suelo y patearla o aceptar de una vez por todas quién era él realmente. Sintió la mano de Liliana metiéndose en su entrepierna. Un fuego de odio y repulsión comenzó a subir por su vientre quemándole los intestinos. Ella le apoyó el muslo de su pierna contra los testículos mientras la palma de su mano le frotaba la bragueta hacia arriba y hacia abajo. La mano de Chifle se hundió en la cabellera de Liliana, la tironeó hacia atrás. Vio sus labios húmedos y abiertos mostrando los dientes de una fiera que pretendía destruirlo, o salvarlo. Percibió un olor que venía de ella o de él mismo. La contuvo tomándola de los pelos.

Ella lo miró fijamente y comenzó a sonreír, como un rictus que anticipaba su victoria inexorable.

Fotografía de 1987

En el cumpleaños de Ricardo, Tía Lucila se presentó sorprendiendo a todos. Estaba con la cara lavada, sin ningún maquillaje, y el cabello recogido por detrás de la nuca. Liliana dijo que estaba muy parecida a Madre, incluso en la manera de caminar. Fue Tía Lucila la que insistió en sacarse una foto junto a Ricardo y él aceptó de mala gana.

Durante la reunión, Ricardo se veía incómodo y Liliana mucho más atenta que de costumbre. En realidad, Liliana siempre se mostraba cordial pero con Tía Lucila era como si esa cordialidad se hubiera amalgamado con cierta compasión. Nadie ignoraba que Tía Lucila había estado internada en el manicomio y que había tenido intentos de suicidio. Justamente por estas causas, los demás tendían a apartarse de ella, con algo de discreción para no

exponerse como personas de mentes estrechas de ideas o temerosas del contagio. La gente que se considera normal tiende a considerar a quienes no son iguales como si fueran portadores de una enfermedad contagiosa. Tal vez tengan razón y los anormales suelten un fluido que destruye los hogares perfectos, los trabajos perfectos, los hijos perfectos.

Ricardo tenía razón en sentirse molesto, él era una persona normal y debía ser precavido.

¿Liliana actuaba de este modo porque se alegraba de que Tía Lucila estuviera en el cumpleaños o porque Tía Lucila molestaba a Ricardo en su cumpleaños? La abrazó, apoyó su mejilla contra la de ella. No impresionó como temerosa del contagio. Al contrario, era como si se sintiera más cerca al mundo de Lucila que al de su marido.

Ricardo sostiene el cigarrillo en una mano; la copa, en la otra. Tía Lucila ha podido introducir algunos dedos en el rígido brazo doblado de Ricardo. La cara de Tía Lucila invita a la piedad. No parece que alguno de los presentes la haya sentido.

Fotografía de 1988

Liliana, con pantalones ajustados, al pie de la escalera que conduce a los dormitorios de la planta alta. Sus ojos tienen una mirada indefinible. Es posible sea la mirada de alguien que espera que todo comience a ser diferente. Pero, también, puede ser la mirada de quien desea que todo siga sin el menor cambio. En los labios, está su sonrisa. La sonrisa con la que enfrenta al mundo y que la oculta del mundo.

Tres meses antes, Liliana se hizo un aborto y no le mencionó una palabra a Ricardo. El hijo era de él pero no llegó a saberlo.

Entretanto, Ricardo se pasó la mitad del año planeando el viaje a Europa. Averiguó los precios de hoteles y los tours en va-

rias agencias de viajes, compró una cámara de video, y se anotó en un curso para mejorar su inglés.

Fotografía de 1989

Es la reunión de bienvenida del regreso de Europa. Liliana conversa con Fernanda. Ricardo, entre Diego y dos compañeros de trabajo, cuenta que Venecia huele como el Riachuelo. Chifle fue con Betina, su nueva novia. Liliana le dio un beso cuando Chifle la presentó y, después, no le prestó más atención. Betina se sintió incómoda todo el tiempo pero no dejó de sonreír. Fue inesperado que Chifle fuera con ella y, también, que se quedara estando Diego. Liliana lo ignoró. Excepto cuando se cruzó con él en el pasillo que lleva al baño y, sin detenerse, apenas rozándolo con sus pechos, le dijo:

—¿De dónde sacaste a esa negrita puta?

Fotografía de 1990

El casamiento de Chifle fue solo por civil. Betina luce bonita con el traje rosa y el cabello recortado. Chifle está impecable en el traje azul oscuro.

Hubo una reunión íntima, exclusiva para los familiares y algunos amigos, en casa de los suegros de Chifle. Ricardo les regaló un televisor y un juego de dormitorio. Liliana pasó mucho rato conversando con Betina pero se mantuvo distante de Chifle hasta que Ricardo se emborrachó y comenzó a contar el viaje a Europa. Entonces, ella se apartó de Betina y se sentó al lado de Chifle. Él torció ligeramente la cabeza mirándola. Ella se acercó a su oído y le dijo:

—Tengo un amante. Es Diego. En la cama hace lo que quiere conmigo. No podrías imaginar las cosas que me hizo. La tiene así de grande.

Separó las manos marcando una medida. Sonrió mirándolo a la cara. Se levantó y fue a escuchar cómo Ricardo contaba, otra vez, el viaje a Europa.

Fotografía de 1991

Chifle, Betina y Maxi, hermano menor de Betina, músico y homosexual. En una reunión, alguien que sabía hacerlo hipnotizó a Maxi. Le pidió que besara a la persona que más le atraía de las que estaban presentes. Todos esperaron que fuera una chica que tocaba el violoncelo y que, notoriamente, estaba enamorada de Maxi. Sin embargo, Maxi se acercó a Chifle y fue a él a quien quiso besar. Así se supo que era homosexual y su madre sufrió un ataque de nervios. Los suegros de Chifle decidieron enviar al hijo a realizar un tratamiento psiquiátrico. Pensaban que podía curarse de la homosexualidad.

En esta foto, todavía no ha sucedido esa escena y lo que se ve es a Chifle, serio y ajeno a lo que sucede a su alrededor; y a Betina y Maxi, apenas sonriendo. Betina engordó, lleva el pelo atado con una cinta descuidada. No usa maquillaje y puede decirse que tiene aspecto de estar aburrida.

La imagen es como la víspera de algo que ocurrirá entre dos personas que han descubierto que no tienen nada que ver entre ellos y que, aún, no saben qué deben hacer. Maxi es el testigo inconsciente que debe dar fe que así está pasando.

El primer síntoma fue meses atrás. Chifle y Betina terminaron de hacer el amor. Como siempre, Chifle se apartó de inmediato y buscó un cigarrillo en la mesa de luz. Betina comenzó a morderse el labio inferior mientras, con nerviosismo, su mano apretaba los dedos de su otra mano.

—¿Tuviste algo que ver con Liliana?

A Chifle la pregunta lo tomó por sorpresa.

—No seas idiota —dijo.

—Cuando hacemos el amor, siento que lo estás haciendo con ella. Después, es como si te dieras cuenta que estás conmigo, entonces, te apartás y me das la espalda, como si tuvieras asco de mí.

—No seas idiota —repitió Chifle.

—No soy idiota. Si lo fuera, no me daría cuenta de las cosas.

Chifle se levantó de la cama

Fotografía de 1992

Desde chicos, Ricardo y Chifle no se habían sacado fotos en las que los dos estuvieran solos.

En esta, están sentados en el sofá de la casa de Ricardo. Ambos tienen las piernas cruzadas; el brazo derecho de Ricardo se apoya en el respaldo y pasa por detrás de la espalda de Chifle. La mano izquierda de Chifle está apoyada en la rodilla de Ricardo. Sonríen. La proximidad, el contacto, parece haberlos llevado hacia atrás. A un tiempo propio de los dos. Exclusivo de ellos. Un tiempo en el que vieron reír a Padre y Madre y un tiempo en los que vieron cómo esa risa desaparecía y ni siquiera quedaban ecos lejanos. Ese tiempo había sido de ellos dos y a nadie más de este mundo le importaba lo que entonces sucedió.

Sin ser conscientes, están sintiendo lo mismo: están indisolublemente ligados por llevar adentro de ellos algo, un mundo, podría decirse, que compartían y que los convirtió en personas distintas pero unidos por una baba pegajosa que no pueden arrancarse por mucho que se sacudan intentándolo.

Si es esto lo que les está pasando en este momento, esa es la razón por la que tienen sonrisas sinceras alegrando sus caras pero sus ojos estén ligeramente entristecidos.

Fotografía de 1993

Es una de las últimas fotografías en la que Ricardo está al lado de Diego. Festejan el nombramiento de Diego como ministro en el gobierno menemista. Poco después, Diego afrontó acusaciones de negocios ilícitos pero resultó impune. Ricardo ganó mucho dinero y abrió cuentas en el exterior. En el mismo año, viajó dos veces a Miami con Liliana. Ella regresaba muy bronceada y con las valijas llenas de ropa. Compraron otra casa y se mudaron luego de refaccionarla por completo y construir una imponente pileta de natación. A Liliana le gustaba acostarse en la reposera, tomar sol durante horas, poniéndose auriculares en los oídos y escuchar música de cantantes estadounidenses, especialmente, Bonnie Tyler o negras como Natalie Cole y Whitney Houston.

En la casa trabajaban dos mucamas y, una vez a la semana, un jardinero arreglaba el césped y las plantas. Sin dudas, Liliana se había ganado el puesto de señora burguesa. No parecía desagradarle. Por el contrario, impresionaba como si disfrutase mucho de su posición.

Cuando Ricardo se alejó definitivamente de Diego, Liliana se alegró. Hacía tiempo que deseaba no verlo. Al comienzo, el juego le resultó excitante. La excitaba acostarse con Diego y ser amiga de Fernanda. Había fantaseado con tener sexo con los dos juntos pero la manera de ser de Fernanda acabó desencantándola y comenzó a sentirse incómoda con ella.

La atracción que Diego le despertaba, más que provenir de él mismo nacía de lo que Diego tenía. El poder la fascinaba y estaba segura de que cualquier hombre con poder podría llevarla fácilmente a la cama. Sin embargo, se aburrió de Diego. Era un amante mediocre y su conversación (que antes había ejercido cierta fascinación sobre ella) se transformó en un conjunto de palabras vanas dichas por alguien con la convicción de ganar dinero sin medir el costo en personas o cosas. (Cosas y personas eran lo mismo para él).

Al convertirse en ministro, Liliana se mantuvo en estado de exaltación durante días: era la amante de un ministro, lo que unido al dinero, hacía de Diego un hombre más poderoso todavía. Pero algo ocurrió en Liliana. Fue de repente. Estaba desnuda, en la cama, en un departamento que Diego había comprado para estar con sus amantes. Él salió desnudo del baño y caminó por el cuarto, buscando los cigarrillos en su saco. Liliana lo miraba con una sonrisa irónica.

—Tu pene es el más chico de todos los que conocí. Hasta Ricardo lo tiene más grande.

Diego se detuvo y se miró el pene.

—Apenas si lo siento —dijo Liliana.

—No creo que sea tan chico. Y, como sea, te hizo gozar.

—¿Quién te dijo que gocé con tu pene?

Diego vaciló.

—Te he visto teniendo orgasmos —dijo, nervioso, sacando un cigarrillo del atado.

—Nunca tuve un orgasmo con vos. Siempre los fingí.

—No te creo.

Liliana supo que él ya era nada, que ella se había puesto por encima, que sus pies lo estaban pisando y que no dejaría de pisarlo nunca más.

—Sos demasiado boludo como para entender a una mujer.

—Soy tan boludo que me convertí en ministro

—En un país de boludos no es raro que el ministro sea un boludo.

Se levantó, poniéndose junto a él. Tenían casi la misma estatura. Liliana se puso los zapatos. Con tacos altos, lo superaba en algunos centímetros.

—Acostate en el suelo —le dijo como una orden.

Él la obedeció.

Ella se ubicó, de pie, con las dos piernas separadas, una y otra a cada lado del cuerpo de Diego. Él, desde el piso, miró los duros muslos de Liliana y, entre ellos, la abertura de la vagina y el pubis con un

vello escaso y ligero. Se quedó en silencio, inmóvil y dócil, dejando que el orín cayera sobre su cuerpo, sin poder distinguir si era el objeto de un pervertido juego sexual o de una terrible humillación.

Fotografía de 1994

Chifle, junto a su nueva mujer, Luisina, en el departamento que alquiló ese año. Al sacarse esta foto, llevan tres meses conviviendo. Luisina es alta, sus pechos son notorios y se destacan, sobre todo, por la delgadez del resto del cuerpo. Liliana le aseguró a Ricardo que no durarían seis meses.

El día en que Ricardo los invitó a comer, Liliana estuvo muy conversadora, como siempre, y todo el tiempo se mostró amable con Luisina. Podría decirse, demasiado atenta. La elogió y le preguntó dónde le habían hecho ese corte de pelo. Ricardo disfrutó de una buena tarde y durmió la siesta después de tomar vino en el asado. Ni siquiera se puso de mal humor cuando, al comentar que Menem era el mejor presidente de la historia, Luisina discutió con él diciendo que había que ser ciego para no ver la corrupción, el modo en que se destruían las empresas nacionales y la decadencia moral que había en el país. Sonriendo, Ricardo dijo que Chifle y ella eran tal para cual y que su hermano había encontrado a la mujer apropiada para sentirse respaldado en sus ideas raras.

Al final de la tarde, Liliana estuvo a solas con Chifle, en la cocina. Le preguntó:

—¿Vas a demorar mucho en echar a la mierda a esa putona?

Chifle le dio la espalda sin responderle.

Liliana lo tomó del brazo.

—Te hablo en serio. Sacatela de encima.

Con la otra mano, le clavó las uñas en la oreja.

Él le aferró esa mano, torciéndole el brazo, y comenzó a apretarla con fuerza.

Los dedos de Liliana estaban a punto de quebrarse. Tenía los ojos llenos de lágrimas pero no decía una palabra ni se le escapaba un quejido.

Él la miraba a los ojos. La resistencia de Liliana ya era imposible. Estaba dispuesta a decir: «Basta», cuando la sirvienta entró a la cocina y Chifle soltó la mano.

Fotografía de 1994

Es el mismo día de la foto anterior. Liliana y Luisina, con mallas ajustadas, tomándose de las cinturas, al lado de la enorme pileta de natación. Luisina es un tanto más alta y tiene los pechos más grandes. De todos modos, Liliana domina la escena. Hay algo en ella que opaca a Luisina. Nunca conocí a una mujer a la que Liliana no consiguiera opacar.

Esa noche, Luisina le dijo a Chifle:

—Tu cuñada es una víbora.

Fotografía de 1994

Liliana sobre una bicicleta y con anteojos negros. A mediados de ese año comenzó a pasear en bicicleta. Según dijo, le mejoraba los glúteos y las piernas.

Ricardo se asoció con Murena, al que conocía por Diego, y pusieron su propia empresa

Liliana tiene dos formas de considerar a Ricardo: admira el modo en que progresa y, al mismo tiempo, detesta todo en lo que Ricardo se ha convertido. Esto puede parecer contradictorio. Pero en ella la verdad se acomoda a su conveniencia, se amolda a su necesidad más inmediata. El bien y el mal son dos caras de una moneda que ella arroja al aire y nunca le interesa saber cuál de las caras quedó hacia arriba.

Fotografía de 1995

En el aeropuerto de Ezeiza, Ricardo y Liliana están a punto de viajar a Acapulco. Murena y su mujer fueron a despedirlos. También están Rody y Zully. Con ellos se divirtieron unos meses pero la relación se desgastó con rapidez.

Rody y Zully tenían hijos de corta edad y Liliana consideró que los chicos molestaban cuando querían hacer algo. Un domingo, cuando se quedó a solas con Ricardo, dijo que nunca más los invitaba, esos chicos eran insoportables. En realidad, todas las amistades de Liliana duraban poco. Al iniciarlas, mostraba interés pero, al poco tiempo, parecía desanimada y aburrida. Era la práctica de un juego de seducción: hombre o mujer debían ser capturados por ella, sentir que les importaba, que los atraía. Eso era todo. Una vez que lograba el objetivo de controlar al otro ya no tenía necesidad de seguir con el juego. Más bien, precisaba de otra cosa. Lo anterior se había transformado en rutinario y vulgar.

A las tres o cuatro semanas de regresar de Acapulco ocurrió la pelea con Luisina. No resultó sorprendente que se pelearan. Desde que se conocieron, entre ellas había existido una mutua animosidad. Luisina era de carácter fuerte pero poco inteligente. Fue incapaz de comprender cómo Liliana le construyó un cerco a su alrededor de modo que el enojo fuera la única salida.

Luisina gritó y dijo todo lo que pensaba. Liliana la miró en silencio y se limitó a responder:

—Es una pena que pienses así... Lo mejor es que no vuelvas.

Por supuesto que Luisina se quedó con el papel de la mujer desaforada y grosera mientras Liliana hizo el papel de la señora de buena educación que no tiene alternativas frente a los desórdenes histéricos de su concuñada.

Lo interesante de la pelea no fue la pelea sino la manera en que Liliana supo aprovecharla. De alguna forma, logró que Chifle, un mes

después, se separara de Luisina. ¿Cómo consiguió lo que quería? ¿Tanto influenciaba sobre Chifle? ¿Tan atado a Liliana estaba Chifle? ¿O Liliana no tuvo nada que ver y la separación ocurrió por otras causas, por completo al margen de sus deseos?

Fotografía de 1996

En la carpa, en la playa de Pinamar, Ricardo y Liliana juegan a la canasta con sus vecinos de carpa, Tulio y Agustina.

En ese verano, Liliana le contó a Ricardo por qué se había peleado con Luisina. Se lo dijo en la carpa, una tarde en la que estaban los dos solos. Ricardo leía una biografía de Nixon. De pronto, interrumpió la lectura y, como si se acordara de algo que se había olvidado de preguntar, dijo:

—¿Qué pasó con Luisina?

Liliana tenía puestos anteojos negros y sus piernas estaban cruzadas. Sin moverse un centímetro y sin abrir los ojos, contestó:

—Le metió los cuernos a Chifle.

—¿Estás segura?

—La puta se acostó con un novio que tuvo.

Ricardo se quedó unos segundos en silencio. Le costó reaccionar. Al fin, dijo:

—¿Cómo lo supiste?

—El tipo, un baboso, le escribió una nota en una servilleta de papel. Ella guardó la servilleta en la cartera. El tipo decía cosas asquerosas. La clase de cosas que solamente le pueden gustar a una puta como ella.

—¿Cómo supiste de la nota?

—Ya te dije que la tenía en la cartera.

—¿Le revisaste la cartera?

—¡Qué pedazo de boludo sos!

—Me cuesta creer que lo engañara a Chifle.

—Es una negra villera, como todas las que se consigue tu hermano. ¿O le conociste alguna que valiera la pena?

—¿Le contaste a Chifle?

—Por supuesto. No iba a permitir que esa negra de mierda siguiera cagando a tu hermano.

Liliana se puso de pie. Su cuerpo estaba delgado y muy bronceado. Parecía saber que los ojos de los hombres de las carpas vecinas estaban fijos en ella. Se inclinó, leve y sensualmente, dejando los anteojos oscuros sobre la silla. Comenzó a caminar en dirección al mar. Su vista se mantenía fija en un punto frente a ella, como si estuviera modelando sobre una pasarela.

A Ricardo, en ningún momento se le ocurrió sospechar que Liliana podría haber inventado esa historia sobre la infidelidad.

Fotografía de 1997

Liliana cumple años. Se cambió el color de pelo, lo tiene, ahora, mucho más claro, casi rubio. Se la ve delgada y perfecta con el vestido negro, escotado y sin breteles. Hubo una buena cantidad de invitados y la fiesta duró hasta varias horas después de la medianoche. Todo hubiera resultado magnífico si Chifle no hubiese dicho que tenía decidido irse a vivir a España. Ricardo estuvo largo rato hablando a solas con su hermano. Liliana, desde lejos, pudo ver cómo Chifle movía la cabeza negando cualquier posibilidad que no fuese la de su viaje.

Hacia las dos de la mañana, Liliana estaba borracha y comenzó a bailar de manera frenética quitándose los zapatos. Luego, desapareció un buen rato. Cuando regresó, parecía serena y bajo control. Con naturalidad, habló con algunos de sus amigos y siguió bebiendo con discreción.

Chifle y ella no se miraron en ningún momento y tampoco se saludaron a la hora de la despedida.

Al mes siguiente, Chifle partió hacia Madrid. Ricardo fue a Ezeiza. Liliana no lo acompañó. Estaba en cama con fiebre.

Fotografía de 1999

En la reposera, con la pileta de natación detrás, Liliana, como siempre, muy bronceada y con anteojos oscuros.

Desde la ida de Chifle, todo había empeorado entre Ricardo y ella.

Ricardo dijo:

—A veces, pienso qué estará haciendo.

Liliana sonrió.

—No parece que te importara.

Ricardo se sirvió otro whisky.

—Como siempre, te equivocás.

Ella no le contestó. Se sentía harta. La presencia de Ricardo le resultaba intolerable. Escuchar su voz o el sonido de sus pasos sobre las maderas del piso, le provocaba una sensación de odio, de necesidad de venganza. ¿De qué tenía ella que vengarse? Desde el día en que se puso de novia con Ricardo supo cómo era él. ¿Qué había buscado casándose con él? Ahora, había llegado a un punto en que comprendió estar librando un combate y que no había ninguna regla en esta clase de combates.

—Voy a salir —le dijo.

Él siguió tomando el whisky a medida que caminaba de un extremo al otro del living y, a través del ventanal, miraba el césped perfectamente cortado del jardín.

Liliana acabó de arreglarse. Puso perfume en medio de sus pechos y se distanció de todo lo que la rodeaba imaginándose desnuda con su amante en una cama de hotel.

Ricardo la vio salir. Otra vez, se sirvió whisky. Todo estaba en su lugar. No había nada contra qué luchar. Como lo había hecho

siempre, estaba dispuesto a hacer todo del modo debido. ¿Pero cuál era el modo debido?

Se sentó en el jardín. El sillón era cómodo. Apoyó la botella de whisky en el suelo. Permaneció con la mirada fija en el agua de la pileta de natación. De pronto, advirtió que la casa estaba en silencio. Pudo haberlo notado en cualquier otro momento pero fue esta vez que lo descubrió. No era un silencio real. Estaban los sonidos habituales: una puerta cerrada por la mucama, el agua de una canilla recién abierta, el zumbido de los mosquitos. Pero faltaba el sonido de la música. Él nunca ponía música. Liliana se encargaba de eso. Desde que se había casado, la casa estaba llena de sonidos: la música, el televisor encendido, todo al mismo tiempo. No había existido el silencio. Pero, ahora, estaba el silencio. Esta clase de silencio. Esto notó: el silencio que estaba en la casa. El silencio estaba desde tiempo atrás. ¿Cuánto tiempo? ¿Cuándo había empezado? Repentinamente, supo que algo se había quebrado en su vida. ¿Qué era lo que se había quebrado? Todo parecía demasiado complicado.

—Brindemos —dijo, alzando el brazo y manteniéndolo en el aire como si esperara la respuesta.

Fotografía de 2000

Es la madrugada del primero de enero y están en casa de Juli. En la foto: Cris y Juli, Liliana entre ambas.

El vestido de Liliana es el más sensual o ella hace más sensual al vestido. Las tres tienen copas en las manos. Cris está embarazada de su amante casado y que la abandonó cuando supo que estaba esperando un hijo. Abortó a los cuatro meses y se fue a vivir con un músico que había estado internado por drogadicto. Juli está en la fiesta acompañada de su marido abogado. El abogado quiso tener un romance con Liliana pero ella lo rechazó.

Nunca le gustaron los hombres con poco pelo y abultado vientre. Este fin de año era especial: las profecías auguraban el fin del mundo. Pero no sucedió. Al menos, el fin del mundo entero aunque, es posible, haya sido el fin de muchos mundos individuales. De regresó, manejó Liliana. Ricardo hizo el viaje con la nuca apoyada en el respaldo. Dijo algunas cosas pero Liliana subió el volumen de la radio y no supo de qué habló.

—Dejame. Estás completamente borracho.

Esto le dijo cuando ya estaban en el dormitorio y Ricardo trataba de tocarla.

—Basta.

Él trastabilló. Consiguió mantener el equilibrio. Se sentó en la cama, ligeramente inclinado hacia adelante.

—¿Adónde vas? —preguntó Ricardo.

—Hace calor.

—¿Adónde vas? —repitió él.

—No es asunto tuyo.

—Sos mi mujer.

—¿Estás seguro? —dijo ella, poniéndose una bata de seda negra sobre el cuerpo desnudo.

Ricardo vaciló.

—Estamos casados —dijo.

Liliana soltó una carcajada.

—No sé qué te pasa.

—Que duermas bien —le respondió ella.

Ricardo trató de ponerse de pie pero cayó pesadamente sobre la cama. Liliana ya estaba bajando por la escalera. Por alguna razón, se sintió tranquila. Como si tuviera la certeza de haberse librado para siempre de un compromiso desagradable. Al llegar a la planta baja, fue a la cocina, abrió la heladera y sacó una botella de champagne. La destapó dejando que el corcho saltara y al estampido le siguiera un chorro de champagne brotando de la botella. Se

quitó las sandalias y caminó descalza hasta la sala. Se sentó en el sofá. Las luces estaban apagadas. Las mucamas tenían franco. Ricardo dormía borracho. Nada podía molestarla. De pronto, algo le ocurrió. Fue tan inesperado como un relámpago en una noche estrellada. Era como si el tiempo de toda su vida le hubiese provocado un escalofrío presentándose para arruinarla. La invadió una angustia poderosa. Un sentimiento de haber dejado de ser. Supo que todo comenzaría a ser distinto y tuvo miedo.

Entonces, tomó la copa de champagne y la bebió de un solo y largo trago. Volvió a llenar la copa y, otra vez, la tomó completa sin respirar. Había decidido escapar de sí misma. Ponerse en otra parte. Emborracharse era una buena forma de perder toda conciencia de lo real.

Fotografía de 2000

En un viaje a Punta del Este, Liliana, junto al mar. Tiene puesto un gorro con visera. Está seria, mirando el mar. Ignora a la gente que tiene alrededor. Podría decirse que, con el rabillo del ojo, vio a Ricardo aproximarse con la cámara y no le interesó ponerse en pose como siempre hacía. Lleva puesto un traje de baño de dos piezas. Su cuerpo, armonioso y cobrizo, tiene una exquisita sensualidad. Su pelo se agita con el viento. Está mirando al mar pero mira más allá de los bañistas, como si quisiera mirar más allá del mismo mar.

Estuvieron quince días en Punta del Este y nada mejoró entre ellos. Él gritó algunas veces en las que se emborrachó pero ella ni siquiera le contestó. No se tomó la molestia de discutir y, menos, de levantar la voz. Esto no lo hacía jamás, aún en las discusiones más graves. Contaba con otros recursos y los empleaba sin vacilar en el momento que consideraba adecuado hacer el mayor daño posible.

De todas maneras, la fotografía tiene importancia no por el viaje sino por lo que sucedió el mismo día en que regresaron. Ricardo estaba muy cansado y pronto cayó dormido. Liliana se quedó en el living, tomando whisky en la oscuridad y escuchando música.

Alrededor de la medianoche, sonó el timbre. Las mucamas estaban acostadas. Liliana miró en el monitor la imagen que captaba la cámara de la entrada. Primero, dudó. Después, corrió hacia la puerta. La abrió. Le ocurrieron dos cosas al mismo tiempo: sus ojos se llenaron de lágrimas y su cara se iluminó con una amplia sonrisa.

Fotografía de 2000

Con pantalón de baño, que le queda grande y que es de Ricardo, frunciendo el ceño por los reflejos del sol, Chifle posa para la fotografía que le saca Liliana. Por la mañana, ella lo perdonó de lo que supo la noche anterior.

Ricardo había bajado la escalera en calzoncillos. Liliana lo despertó diciéndole: «¿Sabés quién está sentado en tu sillón tapizado en cuero?»

Más tarde, Ricardo preguntó:

—¿Cuándo llegaste?

—Hace seis meses.

—¿Es una broma? —dijo Ricardo.

Liliana dejó de sonreír.

—No es una broma. Volví hace seis meses.

Ricardo pareció confundido. Liliana se puso de pie. Se paró delante de Chifle y le pegó una cachetada. Subió la escalera y se encerró en el dormitorio después de dar un portazo.

Ricardo y Chifle continuaron hablando hasta que comenzó a amanecer. Chifle se quedó a dormir en el cuarto de huéspedes y estaba profundamente dormido cuando Liliana lo zamarreó tomándolo de los hombros hasta obligarlo a despertarse.

—¿Por qué no viniste antes?

Ella estaba arrodillada sobre él, con las piernas separadas a ambos lados de su cuerpo.

—Todavía tenía plata.

—No seas estúpido.

—Es la verdad —dijo, entrecerrando los ojos, sin poder acostumbrarse a la luz.

Liliana lo miró largamente. Se inclinó sobre él y le dio un beso en los labios.

—Dormí —le dijo y salió del cuarto.

Fotografía de 2001

El que toca la guitarra es Leudan, un ingeniero que hizo negocios con Ricardo. A su lado, Carla, la mujer, con cara de estar hastiada de escuchar los mismos temas. Liliana y Miuchi, una compañera de la escuela secundaria con la que se reencontró casualmente en una peluquería.

Todavía ignorábamos que Carla había matado a su primer marido. Un drogadicto que le sacaba la plata que ella ganaba. Le clavó un cuchillo mientras él la golpeaba. Estuvo presa cuatro años. Al salir, conoció a Leudan. No tuvimos la menor duda que Leudan se enamoró perdidamente de ella. No cualquiera se casa con una asesina. Al menos, ninguno que fuera como nosotros.

Liliana sentía que Carla era demasiado extraña para su gusto. Después de enterarse del crimen, encontró la causa justa para no invitarla más. Dijo que le daba asco que tocara sus sillones con esas inmundas manos manchadas de sangre (así lo dijo). Es posible que lo dijera en broma pero, fuera como fuese, Leudan y su mujer desaparecieron más rápido que otras amistades de Liliana.

Miuchi estaba divorciada y no tenía hijos. Quiso que Liliana consiguiera que Chifle saliera con ella. Liliana juntó muchas veces

a Chifle y Miuchi. Si ella puso tanta buena voluntad para ayudar a Miuchi fue porque estaba completamente segura que Chifle jamás se fijaría en una mujer de un metro cincuenta y cinco centímetros de estatura y ochenta y un quilos de peso.

Miuchi sufría por Chifle y había gastado bastante dinero haciéndole hechizos para conquistarlo. Liliana disfrutaba alentándola y viendo cómo Miuchi, cada día, se sentía más esperanzada. Ricardo creyó que Liliana actuaba de buena fe y, como si viera lo que ella no podía ver, le dijo:

—Abrí los ojos. Desengañate vos y desengañala a ella. Chifle nunca va a andar con una gorda como esa.

—Vos y tu hermano desconocen lo que es el amor. Ninguno de ustedes sabe querer. Lo que llaman amor no es más que deseo. El deseo de poseer la belleza, de disfrutar la piel, el cuerpo del otro. ¿Y el alma? ¿Te importó mi alma alguna vez? ¿Viste en mí algo que no fueran mis tetas, mis piernas y mi culo? Si yo hubiera tenido la apariencia de Miuchi, ¿te habrías enamorado de mí, te habrías casado conmigo?

Liliana pretendió burlarse de Ricardo con su contestación pero su estado de ánimo cambio. Al quedarse sola, pensó: «¿El amor es otra cosa que deseo? ¿Es otra cosa que sentirse poderoso siendo el dueño de otro?»

Cuando se encontró con Miuchi, le dijo:

—Olvidate de Chifle. No le gustan las gordas. Me lo dijo ayer.

Miuchi se puso a llorar. Liliana estuvo segura de que ella no lloraba por haber perdido a un hombre sino porque se habían roto sus ilusiones. Se dijo a sí misma: «¿Hay algún llanto más legítimo que el que lloramos por las ilusiones perdidas?»

Por un momento, tuvo compasión de Miuchi. Pero, rápidamente, varió de humor. «¿Cómo puede ser tan ridícula de creer que un hombre como Chifle puede enamorarse de una gorda inmunda como ella?», pensó.

Semanas después, Ricardo preguntó por Miuchi.

—Me cansó esa mina. Me cansan las mujeres que se creen víctimas de los demás. Y mucho más las gordas calentonas como Miuchi. Venía de visita buscando que la hiciera coger con Chifle. ¡Que se vaya a cagar! —dijo Liliana.

Fotografía de 2002

Otro inicio de año y otra fiesta. Es la última foto que tengo. Ahí está Ricardo con tres invitados, hablando de los plazos fijos en dólares que no puede sacar de los bancos. Fue un mal año para él. No llegó a meterse en los grupos que golpeaban las persianas cerradas de los bancos pero despotricó como nunca. Era razonable tanto enojo: se trataba de dinero. Los bancos lo habían estafado con la complicidad del gobierno radical. Un gobierno tan débil que cayó por el ruido que hacían unas cacerolas sacudidas por un grupo de burgueses con ideales cotizados en dólares.

Liliana no se preocupó por la plata. A Ricardo le dijo:

—Mi papá nunca confió en los bancos y jamás hizo un depósito. La plata la ganó trabajando y no como vos que la conseguiste haciendo negocios de piratas.

Liliana era hija única y en la adolescencia descubrió que su padre tenía una debilidad: ella. Así entendió que todos los hombres eran débiles en algo. Conociendo el punto débil, una mujer podría hacer lo que quisiera con él. Exactamente esto es lo que Liliana trató de conocer cuando, muchos años atrás, le preguntó a Chifle:

—¿Qué es lo que más te importa en el mundo?

—Nada.

—Tenés que contestar con sinceridad. ¿Jurás decir la verdad?

Chifle asintió con la cabeza.

—¿Cuál fue la mejor noche de tu vida? —preguntó ella.

—No tuve ninguna mejor, todavía.

—Idiota… ¿Y la peor noche de tu vida?

Chifle demoró en contestar.

—Cuando estuve entre los muertos.

Liliana se quedó callada. No sabía de qué hablaba pero supo que él hablaba en serio.

retazos

madre

momento uno

Siente sobre su cuerpo la fina tela del vestido blanco. Ve el reflejo de las luces sobre el empeine de los nuevos y lustrados zapatos negros de Alejo. Los cordones cuidadosamente atados, divididos en dos orejas simétricas. Huele sus manos, impregnadas del aroma que ha dejado el bouquet de flores. Percibe en su lengua y su paladar el sabor del primer sorbo de champagne que probó en su vida. Las burbujas quieren colarse en los orificios de su nariz; la música entra en sus oídos y forma un río de sonidos que baña su alma. La luz es intensa. La luz la rodea, brilla en sus mejillas. Siente su cuerpo bajo la tela del vestido blanco. Siente en su cuerpo una sensación de alegría que la recorre de la cabeza a los pies. Siente que está a punto de descubrir algo nuevo en ella. Esto no la asusta, por el contrario: desea lanzarse hacia adelante cuanto antes, para llegar hasta el extremo de sí misma. Siente en sus labios la sonrisa, amplia, franca, dichosa, que se forma sin que ella se lo proponga. Siente que el mundo se ensancha y ella va hacia los horizontes más lejanos. Imagina que se encuentra en las vísperas de su entrada en el esplendor que la aguarda y que la acompañará el resto de su vida. Todo el pasado ha sido un túnel que la conduce a la

luz radiante del sol de una bella mañana eterna. Todo mal desaparecerá para siempre y solamente quedará el imperecedero aroma de la felicidad.

¿Esto le había sucedido a ella?

momento dos

Deja las huellas de sus manos en el barro. El sol seca el barro y quedan sus manos grabadas en la tierra. Las mira con orgullo. Ella es parte de algo mucho mayor a sí misma. Gente que no llegará a conocer verán las huellas de sus manos y se preguntarán: «¿Cuál es el nombre de esta niña que dejó sus huellas en la tierra?» La lluvia cayó nuevamente y sus huellas desaparecieron. Alguien pisó sobre ellas y en el mismo sitio donde estuvieron quedó la tierra húmeda, levemente hundida con la huella del tacón de un zapato.

Siente la desilusión frente a lo efímero, ante la imposibilidad de ser más allá de sí misma. Nadie sabrá de ella en el futuro remoto que imaginó. Es la hoja de un árbol cayendo reseca sobre el campo y lentamente empujada por la brisa hasta desaparecer por completo, sin que nadie lo advierta.

Bety, Bety, Bety. Duerme con Bety. Le arregla el largo cabello rubio. Lo trenza atándolo con cintas rosas. La viste y la desviste. Le habla contándole historias que inventa. Bety. ¿Hay alguna otra cosa que quiera tanto como a Bety? Sin embargo, se olvidó de Bety. ¿Cómo pudo olvidarse de Bety? ¿Cuántas veces la acunó en sus brazos y la hizo dormir? Acostada, Bety cerraba los ojos y los abría al levantarla. ¿La regaló o, simplemente, la tiró a la basura después que se rompió el mecanismo que abría y cerraba sus ojos y se desengancharon sus brazos movibles? Había abandonado a Bety. La había querido tanto y no se había acordado de ella durante infinitos años. «Nunca fui buena», pensó.

Ahora es una mujer casada, con dos hijos pequeños, que está en un living increíblemente frío, increíblemente extraño para ella. Está en el living de una enorme casa en la cual, en alguna parte, unas personas hacen cosas que no le importan. Esas personas pueden ser su marido, sus hijos o su mucama. ¿Qué tienen que ver con ella? En el living donde está sentada sobre el sillón de cuero negro, hay música; ella puede sentir esa música sobre su piel, recorriéndola con lentitud, entrando en su cuerpo, quedándose en su cuerpo, convirtiendo su cuerpo en una playa, un bosque, una montaña. Es como si la música fuera lo único que la hace sentirse parte del mundo que la rodea o lo que la aleja aún más del mundo que la rodea. La música que la convierte en lo que desea ser, en lo que soñó ser antes de que alguien la arrojara como una piedra al fondo de un abismo. La música que le hace sentir que no cae, que no hay abismo, que todo lo que está sucediendo en su vida no es más que una pesadilla de la que tiene que despertar. Bety. Cuando despierte, Bety estará a su lado, con la cabeza apoyada en la almohada, los ojos cerrados. Tendrá que despertarla y Bety abrirá sus ojos azules. Entonces, sabrá que la pesadilla llegó a su fin.

Busca el vaso de whisky para llenarlo otra vez.

momento tres

Enrique le toca los pechos por debajo del corpiño. Los toca con brusquedad. Ella se deja arrastrar. La excita frotarlo por encima del pantalón y sentir cómo el pantalón se moja de repente. Le gusta acostarse con las piernas abiertas sobre el sofá y que él se ponga encima de ella y se mueva convulsivamente hasta proferir un sonido semejante a un quejido. De pronto, lo que oprime su pelvis se afloja con lentitud. Pero, sin importar lo que realmente quiera para sí misma, nunca le permite que la

toque por debajo de la bombacha y, menos aún, que se la quite para hacer lo que ella sabe que el desea.

Enrique y su familia se mudan a Córdoba. Ella llora un poco y empieza a pasar el tiempo con Alejo. Él hace lo mismo que Enrique, ella procede del mismo modo. Se acuesta en el sofá, con las piernas abiertas y se mueve al mismo ritmo que él. Se deja sacar un pecho fuera del corpiño y le hierve la sangre cuando él lo pone en la boca chupándolo.

Cree que todos los hombres y mujeres que son novios hacen lo mismo. Es un juego que se abandona solo después del matrimonio. Confiada en la fuerza de su virginidad, llega a saber que, por esa virginidad, puede tener a un hombre de rodillas. Descubre que haciéndole creer que ella es capaz de todo por él no lo fortalece sino que lo debilita. Lo hace débil y ella lo tiene en su poder. Basta con llorar, simular dolor, para que él se debilite todavía más. ¿Cuál es el poder de un hombre? Ese poder no existe. Los hombres imaginan tenerlo. Ella ya sabe que puede decidir lo que quiera; él hará, tarde o temprano, lo que le pida.

Es cierto, carece de la capacidad de enamorarse. Hasta de amar profundamente a sus padres o a sus hijos. ¿Quiere, aunque sea un poco, a sus hijos? No está segura. Cuando nacieron, se sintió confundida. ¿Qué iba a hacer con ellos? De repente, había comenzado a vivir una vida que no deseaba. Ella busca algo más. Otra cosa que, en algún sitio, debe existir.

Al fin está desnuda y Alejo está desnudo.

Alejo sube sobre su cuerpo. Entra en su cuerpo. Ella ve la ventana. La luz de las últimas horas de la noche, una luz tenue y plateada entrando por esa ventana. El cuadro, con un grueso marco dorado. Un cuadro borroso del que ve, nada más, el contorno. Imprevistamente, él suelta una bocanada de aire y un sonido que parece un gemido. Ella se queda quieta. Algo más debe pasar ahora. Espera a que algo suceda. Él se retira de ella y queda boca arri-

ba. Oye su respiración, todavía agitada. ¿Eso es lo que debía ocurrir? ¿Toda la espera fue para esto que acaba de suceder en menos de cinco minutos? No es posible. Debe haber algo más. ¿Esto es todo lo que él le dará?

Es su noche de casamiento. Está desnuda en la cama de un hotel. A su lado, Alejo Freixas, su marido, está desnudo y respira con fuerza contra la penumbra. Ella se siente increíblemente desilusionada, como si comprendiera que de aquí en adelante nunca será feliz.

momento cuatro

Piensa en su padre. Piensa en su madre. ¿Hubo una sola hora de su vida en que sintiera la seguridad que ellos le dieron cuando era niña?

Es una niña y tiene los pies metidos en los zapatos de tacos altos de su madre. Camina bamboleándose, apoyándose en los muebles. Se siente distinta. Como si los zapatos la hubieran convertido, mágicamente, en mujer. Mujer. Eso quiere ser, para tener un par de zapatos como estos.

Ahora, cuenta los pares de zapatos. Son cincuenta y seis. Cincuenta y siete con los que lleva puestos. El ruido de los tacos en el suelo la anuncia, anuncia a una mujer. El pie en puntas dentro de los zapatos la alarga, alarga a una mujer, la pone por encima de sí misma, es más de lo que es. Algo cambia en ella cuando sus pies entran en los zapatos de tacos altos, como si se robusteciera su sensualidad. Una mística comunión entre ella, la mujer, y los zapatos de tacos altos.

¿Qué puede desear una mujer sino tener miles de zapatos? ¿Cómo se conoce a una mujer sino por los zapatos que lleva puestos? Zapatos de maestras, zapatos de oficinistas, zapatos de infieles, zapatos de prostitutas, zapatos de madre, zapatos de viejas,

zapatos de ricas, zapatos de secretarias, zapatos de sirvientas, zapatos de adolescentes.

Acomoda cuidadosamente cada par en el suelo del placard.

¿A qué clase de mujer pertenecen estos cincuenta y siete pares de zapatos de taco alto?

Ya están ordenados. Vuelve a contarlos. Se pregunta cuántos pares tendrá cuando cumpla sesenta. Este día aún no tiene los treinta años. En esto piensa: en los años que faltan hasta los sesenta, ¿cuántos pares tendrá entonces?

momento cinco

El cansancio la oprime, como un día de intenso calor. No es un cansancio físico pero se refleja en su cuerpo. Necesita descansar, dormir. Despertar y que todos hayan desaparecido: su marido, sus hijos. Estar sola. Lejos. Muy lejos y libre. Por sobre todo, anhela su libertad. Romper los lazos que la ciñen por el cuello quitándole la respiración. ¿Cómo escapar? Lo imagina y se da plazos para cumplir lo que se promete. Se irá tan lejos como pueda. Basta con una valija y un pasaje. También algo de dinero. ¿Y después?

Nunca supo de qué modo surgió en ella el rencor. Nada le atrae de su marido. Solamente se siente unida a él por un odio que crece como hierba mala. Esto no le crea ningún remordimiento pero le asusta lo que siente por sus hijos. ¿Qué son ellos en su vida sino una carga? Son como hilos de baba que se adhieren de ellos a ella.

En medio de ellos, está sola. Completamente sola.

momento seis

Escucha los pasos detrás de ella.

Pone las tazas de café sobre la bandeja.

Curiosamente, deja de sentirse ansiosa, como le ocurre desde días antes. Ahí, a sus espaldas, está Elmo.

Siente cómo sus manos la toman de la cintura. En su oído, la respiración de Elmo es la de alguien intensamente tensionado.

Tiene un sentimiento de compasión o, tal vez, de burla: el hombre seguro de sí aparece, ahora, como un adolescente a punto de besar por primera vez a una mujer.

Ella gira. Sus labios se rozan sin que sus narices encuentren la ubicación adecuada. Al fin, la lengua de Elmo entra en su boca. Es distinta a la lengua de su marido. El sabor es distinto, el modo en que esa legua se mueve dentro de su boca es distinto. Él la toma de los pechos y los acaricia suavemente. Ella pone los brazos alrededor de su cuello y lo besa con tanta intensidad que siente dolor en los labios. Ese dolor le agrada. De pronto, siente el deseo de que él llegue más lejos, mucho más lejos. Desea que la penetre. Desea sentir su pene erecto metido en su vagina, quiere que su vagina arda con ese pene metido en su interior. Elmo se detiene. Le acaricia la cara.

Con una voz suave, desconocida para ella, le dice:

—Vamos a tomar el café frío.

Ella sonríe. Él también.

Salen de la cocina uno después del otro.

Elmo parece un tanto desencajado o confundido. Como si al atravesar la puerta de la cocina hubiera recordado, de repente, el mundo en que vive.

Ella tiene ganas de reírse y de contarle todo a la mujer de Elmo.

momento siete

Elmo tiene prioridades. Ella no es una de esas prioridades. Tal vez sea ese momento en el que entendió que no es ella una de las prioridades de Elmo cuando algo se rompió definitiva-

mente en su interior. Algo que ni ella misma advirtió que se había quebrado irremediablemente.

Son las cuatro y veinticinco del lunes ocho de agosto y él no aparece en el bar. Otra vez falta a la cita. Otra vez se justificará diciendo que tuvo una reunión imprevista o que sus hijos tuvieron un problema. En ese día y a esa hora, Estela comprende que él no la ama. Está con ella de acuerdo a sus urgencias sexuales. Sexo. Nada más. ¿Existe alguna otra cosa entre un hombre y una mujer? Es lo que piensa.

Sale del bar. Es una tarde nublada y fría. Ella, contradictoriamente, está absolutamente calmada. Tiene la sensación de haberse quitado un compromiso de encima. De aquí en adelante, todo es claro: sexo. ¿Para qué torturarse con celos o esperas ansiosas? Sexo. ¿Y por qué solo con Elmo? ¿Acaso cualquier hombre no es lo mismo?

Cruza la calle, suena la bocina de un automóvil. Ella gira la cabeza. Un hombre, sacando la cabeza por la ventanilla, le dice algo. No entiende lo que le dice pero sonríe y camina muy despacio. El auto gira en la esquina. Ella sabe que dará la vuelta a la manzana. Se detiene frente a una vidriera. Le parece que pasa demasiado tiempo. En realidad, no han sido más que unos minutos. El coche vuelve a aparecer. Se detiene. Ella lo ve reflejado en el vidrio. Se queda quieta.

Puede entrar al negocio y borrar todo. O puede darse vuelta y caminar lentamente en dirección al tránsito, permitiendo que el auto pueda seguirla junto al cordón de la vereda y escuchar lo que ese hombre que está en ese auto tiene para decirle. Después, ¿qué hará? ¿Subirá al coche?

Ve su propio reflejo en la vidriera. Lleva el tapado abierto. La pollera le marca la cintura. Respira ligeramente excitada. Está a punto de tomar una decisión.

—Podrías estar sobria alguna vez —dice Elmo.

—Antes te gustaba que estuviera borracha. Vos también te emborrachabas. Me usabas mejor.

—Nunca te usé.

Ella suelta una carcajada.

—¡No seas ridículo! ¡Cada día te volvés más patético!

Él empieza a vestirse.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta la verdad?

—No sé qué querés decir pero estoy seguro que vas a arrepentirte de haberlo dicho.

Elmo se muestra seguro. A ella le molesta esa seguridad. Necesita destruir esa seguridad. Destruirlo a él.

—Sos uno más desde hace mucho. No podrías imaginar la cantidad de hombres con los que me acosté. Uno de esos tipos me confundió con una puta y, cuando subí al auto, me preguntó cuánto cobraba.

Elmo se viste deprisa. Le falta anudar la corbata.

—La mitad de esos tipos valen más que vos en la cama. La otra mitad se cree tan hombres como vos y son unos pobres diablos con un pene fláccido y nauseabundo que apenas consiguen poner en erección. Como vos.

—¡Basta!

Se pone el saco.

—Un tipo me hizo arrodillar en el piso. Me la puso en la boca, apretó mi cabeza y me hizo tragar todo su semen. Después, me acostó boca abajo y me la metió tan profundo que grité y le pedí por favor que la sacara. Él siguió dándomela cada vez con más potencia, como si quisiera traspasarme. No le importó que me doliera. Lo excitaba hacerme doler. Con él me acosté muchas veces. Me gustaba tragarle el semen y que me penetrara por atrás.

Ve a Elmo apretándose los labios. Lo ve tratando de mantener la compostura.

—Sangré. Ni esa virginidad me hiciste perder. Me la sacó un desconocido. Un tipo cualquiera que conocí en la calle.

—Estás completamente borracha. Borracha y loca.

—¡Me das asco! Hace mucho que me das asco. No valés nada. Ni vos ni tu mujer ni las basuras de tus hijos.

El golpe lo recibe en plena cara. Ella cae sobre la cama. Está mareada durante unos segundos. Se recupera rápidamente.

—No servís ni para cagar a palos a una mujer.

Elmo tiembla de pies a cabeza. Ella se siente satisfecha. Lo ha puesto en el lugar en que quería ponerlo. Y ella, al fin, consigue su propósito de convertirse en lo peor de este mundo y caer de cabeza en el infierno.

momento nueve

Sus hijos son su pertenencia. Una posesión. Ignora si los ama pero quiere tenerlos junto a ella. Adheridos a su cuerpo. Ellos son lo único que le permite soportar todo lo que la rodea. Es como si hubiera subido a un tren fantasma y todos se transformaran en fantasmas y monstruos estremecedores que la aterran.

Ha dejado de tener un alma sencilla y amable. La suya es un alma despechada que reclama venganza. Alguien debe pagar por el dolor que siente.

Tiene pesadillas. A veces, duda si las ha tenido durmiendo o si son parte de la realidad. Cada día necesita más alcohol. Cuando se emborracha, el mundo salta sobre sí mismo. Como si una mano moviera las piezas de escrabel desarmando las palabras. Ella puede formarlas a su gusto. Después, siente la boca reseca, llena de una saliva espesa y mal aliento; el estómago con una sensación de vacío y náusea. Eso es lo que le queda: un sabor nauseabundo

en la boca. No es nada distinto de lo que vivió con su marido y con Elmo.

Ha probado un fruto para llenar la boca de dulzor y recibió el imprevisto sabor amargo. De todas esas cosas conserva ecos. Sonidos repetidos, lejanos, vagos.

Está sola. Piensa: «Creo que en esta habitación, alguna vez, me divertí mucho. No recuerdo cuándo fue. Pero sí recuerdo las veces en que, aquí mismo, la angustia fue destruyendo lo poco que quedaba de mí».

No se hace ninguna pregunta más ni se da ninguna respuesta. Bebe en silencio, con la vista fija en el piso.

Todas las ideas que tenía sobre el amor y el matrimonio quedaron trastocadas. Todo para lo que había sido preparada no existe. Todo lo que aprendió, no sirve. Este mundo no es más que una alucinación. No puede ser real. ¿Dónde está el mundo en el que creyó vivir? ¿O era un mundo irreal y, finalmente, abrió los ojos despertando de un sueño para toparse con la realidad?

¿Existe ella o dejó de existir?

Silenciosamente, acaba de vaciar el vaso.

momento diez

—Recibí un anónimo —dice Liliana.

—Hace tiempo a mí también me mandaron algunos —le contesta, arrastrando cierta apatía.

—Es el segundo que recibo —dice Liliana, habla sin mirarla.

—¿Qué te dicen?... ¿Para qué te pregunto? Siempre tratan de dañar. Seguro te dicen que Ricardo tiene una amante.

—No dicen eso.

Ella se sirve el segundo vaso de whisky del día. Está en camisón. Hace meses que se viste con ropa de calle solamente en contadas ocasiones. Casi no abandona la casa y no hace otra cosa

que emborracharse, mirar la televisión y leer novelas policiales. Tiene la colección de las novelas de Agatha Christie y se hace difícil encontrar en las librerías una novela de misterio que no haya leído.

Ese día se siente particularmente cansada. Toma un trago corto y, luego, otro más largo. Se sienta cruzando las piernas. De sus piernas surge una sensualidad que, en ella, resulta natural.

—Bueno, ¿qué dicen?

—Que Ricardo tenía relaciones con Mayol. También con un amigo que se llama Bepo. No conozco a Bepo.

—No vas a creer esos disparates. Ricardo nunca tuvo nada que ver con Mayol. Yo me disgusté con él y lo eché por otras razones. ¿Bepo? No me suena. Puede ser alguien que Ricardo conoció cuando fue a la universidad.

—Dicen que usted lo echó a Mayol porque lo encontró con Ricardo en la cama.

—¡Es mentira! Mayol era un pelotudo. Te aseguro que Ricardo no tuvo nada que ver con él. ¿Cómo podés dudar así de tu novio? Tendría que decir «marido». Faltan dos meses para que se casen. Me imagino que si tenés dudas sobre la sexualidad de Ricardo, estarás pensando en suspender el casamiento. ¿Eso querés decirme? ¿Te vas a dejar llevar por lo que dice un anónimo? Ese papel lo escribió alguna ex novia de Ricardo. Una estúpida que se quedó despechada.

—También dice eso, que la novia lo dejó porque se enteró que andaba con ese tal Bepo.

—¿Realmente podés creer en esta basura?

Liliana tuerce repentinamente la cabeza. Ahora, la mira directamente a los ojos. La mirada de Liliana parece de fuego y, contradictoriamente, sus labios se estiran en una sonrisa sarcástica.

—Recibí dos anónimos. Le estoy diciendo esto porque no quiero recibir el tercero. ¿Usted está de acuerdo?

—No te entiendo.

—Tengo que irme. Mañana a la noche es el cumpleaños de su marido. Por supuesto que vengo a comer. Ya compré el regalo para mi suegro. Espero que usted no le haya comprado lo mismo. Estoy segura que será una linda noche. ¿No?

Liliana la besa en la mejilla. Dice:

—Mañana voy a aprovechar para mostrarle el modelo del vestido de novia que elegí. Me lo está haciendo una modista muy buena. Puede consultarla si quiere estar bien vestida en el casamiento... Y no se moleste, la muchacha me abre la puerta.

Liliana da un par de pasos. Se detiene, como si, de pronto, recordara algo. Sin embargo, el modo en que se detiene parece un movimiento calculado, como si estuviera pensado especialmente para ese momento.

Abre la cartera.

—Le dejo esto... Mejor dicho, le devuelvo esto.

Sobre la falda, le pone dos papeles doblados.

—No creo que haga falta que los lea. Ya sabe lo que dicen.

Liliana sale del cuarto como quien va de paseo.

Ella se queda mirando los papeles.

Con el rostro descompuesto por una mueca, los rompe en pedazos muy pequeños.

momento once

El sol aparece. Lentamente, la habitación deja de estar a oscuras y comienza a tomar un tono grisáceo. Ella, en camisón y descalza, sale al jardín. Hace más frío de lo que pensó. El rocío humedeció el césped. A medida que camina, percibe plenamente el frío en su cara y el frescor del rocío mojándole los pies. Mira hacia el cielo, las nubes se aprietan unas a las otras por unos instantes y se despegan como si fueran construcciones provisorias sin ningún otro destino que desaparecer definitivamente de ese cielo.

Escucha que unos pájaros cantan. ¿Y si un pájaro de inmensas alas blancas la capturara llevándola hasta la montaña más alta del mundo y todo se convirtiera en un cuento de hadas?

Cuando entra al galpón, tiene un pensamiento extraño: «Nunca vi una ardilla. Una ardilla real».

Se pone la soga alrededor del cuello. «Tampoco comí guindas. ¿Por qué nunca comí guindas?».

padre

acercamientos

Él la mira exactamente como ella quiere que la mire.

De alguna forma, ella aprendió que el sexo es lo que más inquieta a los seres humanos. Sabe que en el sexo siempre está implícito un juego de poder. Uno dominará, el otro será dominado. Todo consiste en saber emplear el sexo del modo adecuado para conseguir lo que se busca. En una mujer, mucho más si es bella como Carola, el sexo se convierte en un arma con la que se controla al otro.

Cuando él la mira de la manera que ella pretende, está segura que, de allí en más, será un proceso que se desarrollará tan rápido o tan lento como ella decida. Al final, él estará atrapado.

Un día después, espera a que él la mire. Entonces, sonríe apenas y lo mira de reojo, como si le dijera que ha entendido que ambos comienzan a compartir un secreto.

Él desconoce que Carola nunca se ha enamorado y que no es amor lo que busca. Es demasiado joven pero todo lo que desea es aprovechar al máximo esa juventud y la sensualidad de su cuerpo para obtener dinero. Lo eligió a él porque es el más joven de los jefes de la Empresa; además, es casado y eso le da una ventaja: ella pue-

de mantenerse libre la mayor parte del tiempo. Todo esto lo sabe hace tiempo. A los catorce años consiguió un par de zapatos de taco alto al convertirse en la amante de un hombre treinta años mayor. El trabajo no le interesa. Se presentó en la Empresa y la tomaron cuando mostró las piernas. Ese es todo su talento: manejar a los hombres con el sexo.

—A la salida del trabajo me gustaría invitarla a tomar algo.

—Gracias. Pero no me parece que a su señora le guste la idea.

Semanas después, está convencido que ella es una muchacha decente y buena. Se enamoró de ella y esto ha provocado cambios en sus hábitos y en su manera de comportarse con su mujer. Nunca antes tuvo una amante y no deja de sentir cierto remordimiento y temor.

—No sé —dice Carola, bajando los ojos—. Usted me gusta pero es casado.

Ella se recuesta contra la pared. Él ha caminado con ella hasta la parada de colectivos. Recostada contra la pared, se queda en silencio, con la mirada en el piso, como si se sintiera avergonzada.

Él no se decide a besarla.

Entonces, ella alza repentinamente los ojos y lo mira. Despega los labios, brillantes y húmedos y respira subiendo y bajando el pecho, como si se encontrara increíblemente ansiosa.

Él se siente dueño de todo lo que ocurre. La tiene, pequeña, tibia y turbada, ha llegado al punto que anhelaba. La victoria es suya.

Es lo que cree.

Acerca la cara y la besa.

A partir de ese beso, lentamente y sin que él siquiera lo sospeche, se convierte en un juguete en manos de Carola.

En menos de un año, ella vive en un departamento alquilado que él paga con puntualidad. Multiplica sus gastos en la compra de ropa y no se permite usar otros perfumes que no sean importados. Cada vez que hace el amor con él se preocupa en ponerse perfu-

me en el cuello, detrás de las orejas, entre los pechos y a centímetros del ombligo. Sabe que el perfume que usa se lo transmitirá impregnando su piel, tanto como su ropa. En varias ocasiones, no estando él presente en el cuarto, ha tirado unas gotas sobre su saco. De esa manera, envía un mensaje a su esposa. Está segura que ha recibido el mensaje y ya sabe que su marido la engaña. Por supuesto que no se separará, ¿de qué puede vivir un ama de casa con un hijo? Todo lo que ocurrirá será que la relación entre ellos empeore y eso irá en su beneficio: él pondrá en la balanza lo que ella ofrece y su mujer le da. ¿Quién elegiría el infierno pudiendo ser dueño del paraíso?

Carola busca dinero, la seguridad del dinero. Pero no está dispuesta a entregar su libertad a ningún hombre. Es extraordinario el modo en que ella le saca plata sin que él se muestre mezquino al menos una vez. Debe haber alguna razón que le hace obrar de ese modo. Tal vez sea una forma de sentir que él es más que ella.

Carola desconoce a la mujer de su amante y la subestima. Le resulta absolutamente inesperado que él le diga:

—Está embarazada. Me lo dijo ayer. De tres meses.

Ella se queda perpleja. Luego, se pone a llorar.

Cuando él quiere abrazarla, lo aparta y se encierra en el dormitorio. Él trata de entrar pero la puerta está cerrada con llave. Lo deja golpear hasta que le duelan los nudillos. Ella permanece frente al espejo, cepillándose el pelo. No derrama una lágrima. El embarazo perjudica sus planes. Abre la puerta.

—Quiero que te vayas.

—Estás nerviosa.

—Creí que no te separabas por tu hijo. Pero tenés sexo con ella.

—Es mi mujer. No puedo evitar que ocurra cada tanto.

—Te acepté siendo casado porque creí que te quedabas con ella por tu hijo. Pero me resulta asqueroso que me toqués después de haber estado con ella. Andate, por favor.

Carola vuelve a encerrarse en el dormitorio. Acaba de apostar todas las fichas.

Él demora en irse. Está completamente agotado. A pesar del abatimiento, comienza a sentir un odio profundo hacia su mujer.

Dos días más tarde, recibe, en la oficina, un sobre. Adentro están las llaves del departamento.

Con una excusa, sale del trabajo y corre al departamento. Ella no está. Solo se llevó la ropa. En una caja, están todos los regalos: las pulseras, los colgantes, los anillos, las cadenas de oro.

La busca con desesperación. Quince días después, la ve sentada en un bar. Está junto a la vidriera y parece muy triste.

—No puedo vivir sin vos —le dice él.

Ella juega con la cucharita de café. Da la impresión de estar a punto de llorar.

—Quiero que vuelvas al departamento.

Ella lo mira a los ojos.

—¿Qué significo para vos?

—Todo —dice él, sin dudar.

—Pero ella es la que tiene todo y yo nada.

—Podés pedirme lo que quieras

Ella mira por la vidriera. Deja que él le tome la mano. Ha sido una buena jugadora. Supo apostar y está a punto de llevarse todas las fichas de la mesa.

Presentaciones

Demora unos segundos en saber que esa mujer que está frente a ella es Estela Freixas.

Por primera vez en su vida, Carola se siente en inferioridad de condiciones ante una mujer. Vacila. No sabe muy bien lo que debe hacer. Al fin, se decide:

—Pase —le dice.

Es la única palabra que pronuncian hasta que se ubican en el living y se sientan en los sillones, una frente a la otra.

Carola se sienta con incomodidad. La barriga le pesa.

Estela cruza las piernas. Las medias transparentes se ajustan perfectamente a esas piernas.

Esas piernas están cargadas de sensualidad. Las piernas hinchadas y venosas de Carola no pueden competir con esas piernas.

Carola no cruza las piernas.

Los pechos inflamados de Carola no pueden competir con esos otros pechos.

Esos pechos están firmes y se insinúan bajo la camisa con un botón desabrochado exactamente en medio de esos pechos firmes.

Ese cabello luce exactamente como el cabello de quien ha permanecido varias horas en la peluquería y acaba de salir de ella.

Esa mujer se ve espléndida y no es la mujer que Carola imaginó.

Por un momento, a Carola le parece que ella es la esposa engañada y la otra la amante.

Todo en esa mujer, el cabello, la cara, el cuerpo, la manera de caminar, de sentarse, despide un aroma de sensualidad que embarga a Carola.

—Quería asegurarme de tu embarazo.

Es la primera frase que dice.

A Carola le agrada esa voz y la forma en que pronuncia las palabras. Esa mujer se ve calmada y segura.

Intenta ordenarse. Se encuentra demasiado confundida y trata de ocultarlo mostrando una falsa serenidad. Pero, ¿cuál es el modo de ponerse a la par de esa mujer?

—¿Estás de ocho meses?

—De seis y medio.

—Parece que estuvieras de ocho. Engordaste demasiado. Te va a costar bajar de peso.

—Estoy inflamada.

Termina de decirlo y piensa que ha sido una tontería. Es como si tratara de justificarse o defenderse. Pero ya es tarde para pensar en una réplica satisfactoria. Siente que ha sido rápidamente arrinconada.

¿Por qué vino ella justo hoy? Hace mucho que conoce lo que pasa entre ella y su marido. ¿Por qué esperó hasta ahora? Carola sabe las respuestas. Ella haría lo mismo: esperar el momento adecuado. El momento es este: cuando ella, la esposa, está especialmente hermosa y ella, la amante, se encuentra convertida en una gorda que se siente molesta y no puede acomodar de ninguna forma su vientre de embarazada.

Estela Freixas ha hecho bien. Carola siente algo de admiración y se resigna a ser vapuleada. En definitiva, sabe que se lo merece.

—¿Quiere tomar algo? —ofrece para intentar escaparse por unos minutos de esa sensación de tener en el pecho la mano de alguien que la empuja contra la pared.

—No te molestés. Tenés las piernas muy hinchadas, necesitás reposo. Te dejo tranquila.

Estela se pone de pie.

—No te levantés. Tenés doble peso para cargar. El tuyo y el del chico. Se nota que es un embarazo molesto. Engordaste mucho y debés tener la espalda molida. No te esforcés. Sería una pena que tuvieras alguna pérdida. Cuidate.

Carola se levanta como uno de esos boxeadores que han sido vapuleados y, con la vista obnubilada, intentan seguir la pelea.

—Sabés, en casa tenemos una perra. Se sienta a mi lado esperando que yo termine de comer y le arroje las sobras. Es lo que te toca. Podés seguir usando a mi marido todo lo que quieras. Pero te pido que seas más discreta... Voy a ser ser más clara: siempre que seas más modesta. Creo que comprendés a lo que me refiero. Imagino que tenés la inteligencia suficiente para entender lo que te estoy diciendo.

Estela mira a su alrededor: los muebles, los cuadros, las cortinas, la lámpara del techo.

—No creo que te importe otra cosa —dice y, al mismo tiempo, sin necesidad de hacerlo, abre y cierra la cartera que cuelga de su brazo.

«Ella dice lo que yo diría si estuviera en su lugar», piensa Carola.

Le abre la puerta. Estela le tiende la mano. Carola la toma. Es suave y cálida. Quiere seguir sintiendo esa mano en su mano. De alguna forma, desea retenerla.

Estela separa su mano de la mano de Carola.

—Quiero que sepa algo —dice Carola—. Pienso que su marido es un pelotudo.

Estela suelta una carcajada que a Carola no le parece la risa de una mujer que esté en tensión. Por el contrario, se ríe como alguien por completo despreocupada de todo lo que ocurre en el mundo.

Carola da un paso hacia adelante y la besa en la mejilla. Se quedan mirándose en silencio. Estela extiende su mano y le acomoda el cabello. Se miran a los ojos. Imprevistamente, Estela acerca su boca y la besa suavemente, delicadamente, brevemente, en los labios. Sonríe.

—Chau —dice y abre y cierra su mano en señal de despedida.

Carola intenta decirle que se quede. Pero cierra la puerta y piensa en lo que acaba de ocurrir. ¿Qué fue esto? ¿Esa mujer descubrió en ella algo que ella misma ignoraba? ¿Lo ignoraba? ¿Esa mujer la pisó como a una cucaracha?

Toca su vientre. Jura que, tarde o temprano, se vengará de esa mujer.

Decisiones

Jamás se le hubiera ocurrido separarse de Estela. Ni por un momento ha tenido esa intención. No porque la ame. Al poco

tiempo de casarse, supo que no eran sentimientos de amor los que lo unían a ella. La deseaba sexualmente. Pero, una vez que su deseo quedó satisfecho, se sintió vacío. Así se siente: vacío. Y culpa a su mujer de ese vacío. ¿Por qué se casaron?

Cada vez que se lo pregunta no tiene respuesta. Le resulta demasiado complicado entender que el matrimonio ha sido el único medio para poseerla. La necesidad de poseerla. Como un objeto. Un auto, una casa. Un objeto del que se adueña y le pertenece para siempre. Ser dueño. Poseer. Ser a través de lo poseído. Más se posee, más se es. Eso es ella: un objeto que posee para ser más.

Posesión y deseo. El deseo de poseerla: de entrar en ella, de tener su cuerpo virgen y desnudo a su disposición. Poseerla para liberarse del ardor, para derramarse infinitas veces en ella.

El matrimonio fue una oportunidad de aprovechar íntegramente a una mujer. Pero ella dejó de servirle en una de las causas para tenerla: ya no despierta su deseo sexual. La otra causa: dueño de ella, todavía, se sostiene. Aunque ella intenta rebelarse y no lo reconoce como su dueño. No importa. Eso es entre ella y él. Para los demás, ella es suya. Es su mujer. Su pertenencia. Como el lujoso juego de living que compró.

Es cierto que, sin que él se diera cuenta, ella cobró vida propia. Vive a su lado pero en un mundo paralelo. El dinero parece ser el único vínculo entre ambos. O algo más profundo y oscuro que los pone uno junto al otro y les impide escapar. Algo enfermo que los atrae con la fuerza de un remolino y los hunde inexorablemente. Pero si fuera el dinero sería este el único recurso con él que él cuenta para sentirla dominada. De todas maneras, él se siente seguro de ella. Y ella de él. Ella sabe que él nunca se divorciará. No porque la ame o sea responsable de su familia sino porque adivinó esto: la separación, para él, sería un fracaso. Ahí están sus parientes, sus amigos, los compañeros de trabajo.

Como sea, él siempre mantendrá la fachada de tener una familia bien constituida. Para lograrlo, puede ignorar o simular ignorar los amantes de su mujer. Y ni siquiera sentir el orgullo herido. La necesidad de mantener el equilibrio frente a los demás, la estructura que construyó, es más poderosa que cualquier otro sentimiento que pueda asaltarlo.

Carola, su amante, le promete sustituir lo que perdió de su mujer: la sumisión. Carola le hace experimentar la sensación del poder en toda su plenitud: la tiene sexualmente cada vez que él quiere y su dependencia económica es completa. La apartó del trabajo y tener un hijo con ella le asegura que continuará siendo, indefinidamente, su pertenencia. ¿Qué podría hacer ella sola?

Desde que Carola quedó embarazada se siente seguro. Dejó de sentir celos y ganó confianza. Por competo es dueño de la situación. Ni por un momento se le ocurre pensar que es utilizado. Tampoco duda que el hijo es suyo. Lo que importa es mantener todo dentro de un orden que no debe alterarse.

Sus hijos le provocan confusión y sentimientos contradictorios. Con ellos nada le resulta sencillo. A veces, se pregunta si existen padres que realmente quieran a sus hijos. Esos padres que dicen amarlos, ¿qué serían capaces de sacrificar por ellos? ¿Hasta dónde llegaría el amor que dicen sentir? Él no se quitaría un ojo por ellos.

El día en que Estela se suicidó sintió alivio.

A pesar que se sacaba un peso de encima, a él mismo le extrañó que, de pronto, en el entierro, no pudiera contener el llanto. ¿Es que ella había significado en su vida más de lo que creía?

En realidad, no podía dejar de recordarla paseándose borracha por la casa o vomitando en el inodoro.

La imagen de Estela vomitando en el inodoro es lo que conserva de ella. Como si ese solo momento hubiera borrado a todos los demás. Ni siquiera logra recordar el modo en que hacían el amor ni el olor de los perfumes que usaba. Todo recuerdo de ella se ha

ido de su mente. Solamente queda la imagen de Estela, vestida con una bata y vomitando en el inodoro. Todos los años de su matrimonio quedaban resumidos en esa imagen: una mujer vomitando en el inodoro.

maneras

Lo que hace distinta a Carola es su tenacidad y su paciencia. Es capaz de esperar todo el tiempo que sea necesario para obtener sus fines. Si algo le sale mal, no se da por vencida y, sencillamente, comienza de nuevo.

Desde niña aprendió a defenderse y, sobre todo, a utilizar a los demás en su beneficio. Su madre, una de esas mujeres simples que enviudan prematuramente, se casó por segunda vez. El segundo marido trabajaba en un mercado. Era bastante torpe y grosero. Carola le tenía repulsión. Le revolvía el estómago verlo llevarse el pan a la boca mostrando las uñas negras de suciedad.

«¿Cómo puede gustarle que un hombre con esas uñas la acaricie?», pensaba mirando con desprecio a su madre. La odiaba. Fue consciente de su odio cuando ella le anunció su nuevo casamiento. No le dijo nada. Por el contrario, la felicitó sonriendo y le dio un abrazo.

A los once años, su madre la encontró llorando en su habitación. Estaba despeinada, tenía un golpe en uno de los brazos. No llevaba puesta la bombacha y su entrepierna estaba manchada de sangre.

—No es para asustarse. A todas nos pasa. Todos los meses te va a venir la regla.

—Me duele… me hizo doler.

Su madre pareció haber recibido una trompada en el hígado que la dejó paralizada.

—¿Quién te hizo qué

—Me hizo doler mucho. Siempre me toca, le digo que no me toque y me sigue tocando. Me hace que lo toque. Hoy me dolió lo que me hizo. Me duele, mamá…

Su madre miró la bombacha tirada en el piso.

—¡Hijo de puta!

Carola vio cómo los ojos de su madre se llenaban de lágrimas de furia. Sabía que ella era una mujer elemental, capaz de creer cualquier cosa y que jamás indagaría buscando la verdad o la mentira.

Llevaba un año pensando en hacerlo. Un año en el que esperó el momento adecuado: estar a solas con él en la casa, que él se fuera y llegara su madre. Estaba segura de conseguir dos objetivos: deshacerse de él y vengarse de su madre.

Todo lo que hizo Carola fue sacarse la bombacha, tirarla al suelo, desarreglar la cama y su pelo, golpearse un brazo con el puño, acostarse con las piernas abiertas y meter en su vagina el mango del martillo. Lo metió todo lo que pudo. Hasta sentir un intenso dolor. Apretó los dientes y movió el martillo hacia adentro y afuera, empujando y retrocediendo. Se detuvo cuando vio el mango del martillo empapado de sangre.

Su madre fue al mercado. Delante de todos, gritó que él era un degenerado. Sacó un cuchillo de la cartera y le dio tres puñaladas. No lo mató pero lo hirió de gravedad. Fue presa. Carola se escapó de la casa y fue a vivir con la hermana de su padre. Su tía se apiadó de lo que le contó y le pareció terrible lo que a la niña le había pasado. A los trece años, poco antes de que su madre saliera de la cárcel, también huyó de la casa de su tía. Le robó algún dinero y tomó el tren desde Rosario, donde estaba viviendo, hasta Buenos Aires.

Por unas semanas, durmió en los trenes y practicó sexo oral a cambio de poca plata. Un peruano la llevó a vivir con él a una pieza de un conventillo de la Boca. La sacó de la calle y la cuidó algunos meses. Una noche, al llegar, no encontró a Carola. Tampoco en-

contró la plata de su sueldo, un reloj y un anillo de oro que había sido de su padre.

Consiguió trabajo como sirvienta de tiempo completo. Se aseguró casa y comida y poder aprender las costumbres de la gente bien educada, como ella decía. Ya tenía catorce años y sabía cómo provocar a un hombre.

El dueño de casa, el señor Marcelo Segovia, era un hombre que olía a colonia y se teñía el pelo con tintura instantánea que le cubría las canas. Todavía no había cumplido los cincuenta pero, a pesar de su coquetería, aparentaba ser de mayor edad. Su mujer era gorda y se dedicaba a hacer dietas y chismorrear con sus amigas.

Carola demoró un mes y medio en acostarse con Marcelo Segovia. Con él descubrió lo que le sería útil el resto de su vida: que tenía un buen cuerpo y que ese cuerpo atraía a los hombres. Supo que era la clase de mujer con la que los hombres tienen fantasías eróticas y difícilmente puedan verla como una novia o una esposa. Pero esto no fue lo más importante que descubrió de sí misma. Lo que sí le importó fue saber que no sentía absolutamente nada cuando un hombre la penetraba.

Cuando tenía al hombre encima de su cuerpo, ese hombre le parecía ridículo. Esta insensibilidad le dio un inmenso poder. Ella podía simular un placer que no sentía y hacer lo que el hombre quisiera porque ninguna cosa la afectaría. Le daría lo mismo hacerlo o no. Darle a un hombre todo lo que pretendía era su forma de tener lo que pretendía ella. Ninguna otra cosa quería que no fuese dinero. El dinero suficiente para dejar de ser pobre y poder ser tan libre como para hacer lo que se le diera la gana.

Todo esto lo aprendió a los catorce años.

Esperó cuatro meses para decirle a Marcelo Segovia que estaba embarazada. Al mismo tiempo, robaba todos los días: desde unas pocas monedas que nadie tomaba en cuenta hasta objetos de cierto valor que pasaban desapercibidos.

—¿Estás segura?

Ella movió la cabeza afirmativamente. Tenía ganas de reírse de la cara que había puesto el señor. Pero se quedó muy seria.

—No quiero seguir acá. La señora me va a matar.

Él respiró con cierto alivio. Hasta sintió una repentina alegría.

—¿Y qué vas a hacer?

—Mi tía conoce a una mujer que se encarga.

—Por la plata no te preocupés.

Carola se fue a su cuarto. Se tiró en la cama y se sacó cada zapato con la punta del otro pie. Los zapatos cayeron al piso. Estaba realmente contenta. Se golpeó tres o cuatro veces el vientre con ambos puños, haciéndolo sonar como un tambor.

Una hora antes de salir de la casa de los Segovia, robó una buena suma. Hacía tiempo que sabía dónde el señor escondía el dinero. Se lo llevó todo. ¿Qué podía hacer él? ¿Denunciarla? Segovia creía que la había dejado embarazada y era una menor. No haría nada. Ni siquiera podría quejarse con su mujer. Tampoco podría encontrarla. ¿Adónde iría? La dirección de su tía era falsa. Así que, con una valija llena de ropa, un documento falsificado en el que tenía la mayoría de edad, y con plata suficiente para vivir varios meses, Carola tomó un taxi y dio la dirección de un hotel, ubicado en la otra punta de la ciudad.

cambios

—¿Nunca pensaste en que eras el culpable?

—¿Culpable de qué?

—Del suicidio de tu mujer.

Carola lo mira con sus ojos celestes, fríos como los de un verdugo que se dispone a ejecutar al condenado.

Él demora en responder.

—No se me ocurrió pensar en nada como eso.

—Creo que Estela no era una mujer común.

—Se volvió loca. Vivía borracha —dijo él.

—Siempre inocente.

—¿Qué querés decir?

—Tenés puesto cada cosa en su cajón. Cada cajón tiene una etiqueta. Nadie puede cambiar lo que hay en los cajones ni tocar las etiquetas —dijo ella con un poco de ironía.

—No entiendo de qué hablás.

Carola decidió bastante tiempo atrás lo que está haciendo. Lo hace con calma, con la frialdad del asesino a sueldo. Ya no necesita nada de él. Se lo saca de encima, como a un abrigo cuando sube la temperatura.

—Tu mujer me visitó cuando yo estaba embarazada.

—Nunca dijiste una palabra.

—Ella tampoco.

—Siempre pensé que ignoraba todo. ¿Vino a pedirte que me dejaras? ¿Te insultó?

—No vino por vos. Vino por mí.

—¿Para qué?

—Para mostrarme que era más que yo. Y tuvo éxito. Dijo que eras un pelotudo.

—¿Eso te dijo?

—No, en realidad, no dijo nada de eso. Pasó hace años y no me acordaba que lo dije yo. Ella estuvo de acuerdo y se rió. Todo el tiempo se reía de vos.

Hacen silencio. Él está confundido.

—Tu mujer te soportó porque la mantenías. Pienso que dejó de quererte al poco tiempo de estar casados. La desilusionaste demasiado. No eras como ella esperaba. Yo también te soporté por la plata.

—¿Estás borracha?

Carola suelta una carcajada.

—¿Pensás que soy como tu mujer? La pobre se creyó mejor que yo. Tuvo un minuto de gloria. ¿Después qué? Acabó colgada del techo. ¿Estoy colgada de algún techo? ¿Creés que voy a estar a tu lado hasta que quiera estar colgada del techo?

Carola hace un gesto de desprecio con la boca.

—No quiero volver a verte —dice.

Él la mira desconcertado. De repente, todo el universo se da vuelta y él cae de cabeza.

—¿Enloqueciste?

—Yo no soy como tu mujer, esa puta educada en buenos colegios. Reconozco a una puta cuando la veo. Sé lo que digo y lo que hago… Hay otro hombre —dice y es difícil saber si es verdad o está mintiendo—. Sabe tocarme. Voy a irme con él. Es comisario de la federal.

Él enciende un cigarrillo. La mano le tiembla.

Ella quiere destruirlo. Conoce bien a los hombres. Sabe dónde debe golpear para provocar mayor dolor. Cada palabra que dice está pensada para dañar.

—En la cama no valés nada. Tu mujer lo descubrió después de casarse y demoró en darse cuenta porque era una virgencita boluda. Yo lo supe desde la primera vez. Entre ella y yo había una gran diferencia: ella era una señorita bien cuando se casó y se hizo puta después. Yo siempre fui puta... En calzoncillos, resultás ridículo.

Ahora, ella se ríe frenéticamente.

Él tiene la verdad adelante. Puede verla claramente. Pero, al mismo tiempo, trata de negarla.

—Puedo romperte la cara.

—No sos capaz de dar un solo golpe. Y, si lo intentás, te meto este cuchillo en las tripas —dice ella, mostrándole un cuchillo.

Él se sorprende al ver el cuchillo. ¿Lo escondió desde antes que él llegara? ¿Lo que dice es premeditado? ¿Así es ella?

—Sos una basura —su voz suena angustiosamente ronca.

—No soy más ni menos mierda que vos —le responde ella.

Cuando se encuentra en la calle comienza a caminar sin rumbo. La cabeza le da vueltas.

Una semana después, piensa en volver y matarla. Pero sabe que no lo hará. Le falta el valor. Va hasta la casa de Carola. Toca el timbre. No hay nadie. Se entera que ella vendió el departamento. Entonces, recuerda su proyecto de ir a Estados Unidos. Debe irse cuanto antes. Más rápido se vaya, mejor. Tiene que alejarse de todo. De sus hijos, de sus amigos, de ella. De todo lo que le recuerde su vergüenza.

Debe hacer que de su vida desaparezca hasta el último vestigio de su humillación.

Al otro día, abandona para siempre a Ricardo y a Chifle; renuncia a la Empresa y se va a un hotel. Tiempo después, viaja a Estados Unidos. Allá lo espera un amigo de la adolescencia y un trabajo. Nunca se hubiera ido de no tener algo seguro esperándolo. Siempre dijo que no vale la pena correr riesgos que no sean por dinero.

«Esto es lo mejor», piensa mientras recuesta la cabeza en el asiento del avión. Todo lo que le importa es irse lejos.

Está consiguiendo irse lejos.

ricardo

intimidades

Ricardo mira un punto fijo en el techo.

—Me cuesta creer que se haya ido así.

—¿A quién te referís? —pregunta Liliana, consciente de su propio cinismo.

—De él. Ni sabemos dónde está.

—¿Y con eso?

Liliana se quita las medias con lentitud. Mete los pies en unas chinelas. Va hacia el baño. Mientras camina, se quita el maquillaje con un algodón. Dice:

—Chifle estuvo de acuerdo en irse así.

—Chifle siempre estuvo medio loco.

—Sí y vos no. Por eso son tan distintos.

—¿Qué querés decir?

Liliana está a punto de cerrar la puerta del baño. Antes, dice:

—Es hora que trabajés de hombre.

Cierra la puerta.

Ricardo sigue en la misma posición: acostado, con las manos bajo de la nuca.

—El mundo está enloqueciendo. Nadie parece entender lo que significa una familia —dice.

Se queda callado. La desesperanza lo invade a paso de tortuga.

Liliana sale del baño. Tiene puesto un camisón transparente. A través de la tela, Ricardo ve los pechos con los pezones oscuros y desafiantes; más abajo, como siempre, no lleva puesta una bombacha. Le molesta verla de ese modo: sensual y sedienta. ¿Pero no era esta actitud lo que le atrajo de ella?

Liliana se acuesta boca abajo. Se quita el camisón, estira sus piernas endureciendo sus glúteos.

Como si no hubiera notado lo que ella quiere, Ricardo pregunta:

—¿De verdad que Chifle aprobó que él se fuera para siempre?

—Apagá la luz.

Estira el brazo y la apaga. En la penumbra, huele el perfume de Liliana. La siente descendiendo por su cuerpo, apoyando la boca sobre su piel. Por algún motivo, quiere rechazarla. Le molesta esa mujer desnuda buscando en las sombras la satisfacción de sus deseos. Quiere rechazarla. Dejarla llena de ese deseo. Dejarla ardiendo e insatisfecha No es capaz. Es demasiado pulido, demasiado blando. Está entrenado para aceptar, para permitir, para no opo-

nerse. Es su manera de evitar los conflictos y conseguir lo que él llama: «Vivir sin problemas y en paz».

distancias

—Emborracharte es asunto tuyo —dice Chifle—. Pero llevás más de una semana borracho. No me importa si trabajás o no. Se me ocurre que a vos sí te importa. Cuando salgas del estado en que estás, podés arrepentirte de haber descuidado tu negocio. Es demasiado por una mujer como ella.

Ricardo tiene la mirada vidriosa.

—¿No entendés? Se fue —le contesta con la voz quebrada en la garganta—. Me abandonó.

—Basta que lo quieras y en esa enorme pileta que construiste en tu enorme jardín, va a estar bañándose otra mujer. ¿Para qué se puede querer una pileta semejante sino para que una mujer salga del agua desnuda?

—Ella se bañaba desnuda.

—Sí —dice Chifle, en voz muy baja, como para ser oído solo por sí mismo.

—¿Por qué se fue? ¿Por qué se van todos?

—Los que se fueron de tu vida también se fueron de la mía. ¿Ves que esté sufriendo? Tarde o temprano, los padres se van. Estos padres se fueron antes de tiempo. Eso es todo. ¿Tu mujer? Es natural. Todos los matrimonios del mundo se están separando. ¿Por qué no iba a pasarte a vos?

—Liliana no estaba en tu vida. Era tu cuñada. ¿A quién le importa perder la cuñada?

Chifle lo mira en silencio.

—No entendés —insiste Ricardo—. No puedo estar solo.

—¿A esto le llamás estar solo? ¿Qué sabés lo que significa estar realmente solo?

—Nunca te importó nada. Ni la familia ni los amigos. Nunca quisiste a nadie.

Chifle sonríe. Ese es Ricardo: la víctima. Ricardo: el soberbio.

—Toda tu vida es una mentira. Una escenografía montada para los vecinos. ¿Qué había de real en tu matrimonio?

—Todo. Todo era real. Nos queríamos —dice Ricardo.

—¿Por eso tu mujer se acostó con una mierda como Diego, tu socio, y con tipos como Elmo?

—¿Estás loco, Chifle?

Ricardo intenta incorporarse pero, como si le tiraran del pantalón, vuelve a sentarse.

—Estás demasiado borracho para pararte. ¿De verdad no sabías que a tu mujer se la cogieron todos tus amigos?

—¿Qué decís? ¿Te volviste loco?

— Lo mejor para vos es que se fuera. Liliana es una puta. Siempre fue puta.

—Estás loco.

—Hace años, se hizo un aborto. Era tu hijo. No quiso tenerlo. No quería tener nada que los uniera. Después del aborto, se ató las trompas.

—Basta de mentiras. ¿Tanto me odiás?

Con prepotencia, Chifle le saca el vaso de whisky de la mano.

—Yo sé lo que es sentirse solo y no es esto que llamás «estar solo». Sé lo que es la soledad. Y sé que estoy hundido en la mierda desde que nací. Vos cerrás los ojos y escapás. Pero corrés con los ojos cerrados y, tarde o temprano, vas a rajarte el cráneo contra la pared que te espera. Entonces, vas a ver lo mismo que veo y no vas a poder evitar vomitarte encima.

—No entiendo de qué hablás.

—No me importa que me entiendas. Lo que digo lo digo por mí, no por vos. Hace mucho que no hago nada por nadie. A lo mejor, nunca hice algo por otro que no fuera yo mismo. Si hubie-

ra pensado en vos, hace mucho que te hubiera dicho que tu mujer era una puta y que le patearas el culo. Era cómodo para mí que Liliana fuera tu esposa.

—¿Qué querés decir?

—Cualquiera que no estuviera tan borracho lo entendería. En realidad, hace tiempo que estás borracho de idiotez y engreimiento. No sos más que un pobre imbécil.

—¿Qué querés decir, hermanito?

—Vine a despedirme. Por eso te dije todo esto. Necesitaba decírtelo. Pero me doy cuenta que me hubiera dado lo mismo no decirte una palabra.

—¿Vos también te vas?

Los ojos de Ricardo se cubren con una sombra de desesperación.

—Cuando estuve en Malvinas, la única que me escribió fue Liliana. Leí la carta todos los días.

Se escucha el sonido de una puerta que una sirvienta cierra.

—¿Liliana te escribió?

Chifle sonríe burlonamente.

Ricardo ignora que no volverá a ver a Chifle y que este será el último recuerdo que tendrá de él. Chifle sí lo sabe. Pero no se le ocurre abrazar a su hermano. Simplemente, se va sin decir ninguna palabra de despedida. Como si fuera a comprar cigarrillos y volviera en un rato.

liliana

encuentro

En el dormitorio, un gran espejo refleja su cuerpo completo. Se mira atentamente. Mira cada sector de su cuerpo, como si buscara encontrar algo en alguna parte de su cuerpo. El espejo devuelve

la imagen de su cuerpo. Liliana ve ese cuerpo. Ve lo que el espejo le muestra. El espejo le muestra: una mujer con profundas ojeras; el cabello sostenido por horquillas; un largo camisón con una mancha un poco más abajo del busto; unas chinelas sucias. La cara de la mujer del espejo está demacrada, avejentada, a punto de caerse a pedazos.

Esa es ella. La del vaso de whisky en la mano y la que tiene dificultades para evitar que su cuerpo deje de bambolearse hacia adelante y hacia atrás. Siente asco de sí misma.

—Soy como ella —dice en voz alta—. El espíritu de ella se metió en mi cuerpo.

Lanza una risotada. Lo que acaba de decir le suena a una tragedia o a una película de terror.

—Me alegré cuando te moriste. Te imaginaba colgada de una soga al techo y pensaba que, si hubiera sido yo la que te encontraba, te hubiera escupido en la cara.

Toma el resto de whisky que queda en el vaso.

—¿Me espera la misma soga?

Se mira a los ojos.

—¿Esa soy yo?

Retrocede sin dejar de mirarse en el espejo. Se sienta en la cama. Enfrente de ella, una mujer está sentada en una cama. Es imposible que esa mujer sea ella.

Escape

Hace varias cosas: se cambia el corte de pelo y el color. Va al gimnasio tres veces por semana. Hace dieta. Una cirugía estética la rejuvenece. Se pone prótesis en los pechos. Junta todas sus alhajas y todo el dinero que hay en la caja de seguridad del banco. Busca un abogado. Pide su parte de la plata. Inicia la separación. Consigue un nuevo amante y deja una carta para Ricardo.

En la carta escribe: «Adiós».

Se olvida de firmar.

A medida que el taxi la aleja de la casa, comienza a sentir que el aire le llena los pulmones. Le parece un aire fresco. Está contenta. Va a su nuevo departamento. Piensa que mañana saldrá de compras. Se acuerda de un par de zapatos que vio en una vidriera. Es lo primero que va a comprar.

soledad

chifle

veremos qué hacen algunos que combaten

Esa noche, Chifle era un pobre soldado con hambre, frío y miedo. Desde su llegada a las islas solo había pensado en la vida y la muerte. Cuando los ingleses comenzaron los bombardeos sobre las colinas le resultó imposible conciliar el sueño. Conseguía dormir unos pocos minutos y se despertaba, sobresaltado y confundido, incapaz de diferenciar la realidad de la pesadilla. Con el correr de los días, se acostumbró a las explosiones de los obuses y al tableteo de las ametralladoras. Por fin pudo dormir en forma continua. Todo a su alrededor: el miedo, la muerte y la locura llegaron a parecerle normales. Fue entonces cuando dejó de pensar en la vida y la muerte. Lo único que le importaba era dejar de esperar. Permanecer quieto, aguardando para entrar en combate, lo desesperaba; la angustia le revolvía el estómago provocándole una intensa ansiedad hasta dejarlo embargado en una indefinida sensación de impotencia. A veces, le resultaba increíble que alguien pudiera mantenerse de pie en medio de las municiones trazantes. Eran como millones de

insectos luminosos volando a través de las tinieblas. Le hacían sentirse el objetivo de un video juego, como si los ingleses manejaran el joystick mejorando el puntaje e intentando vencer el record.

El soldado era flaco, de cara angulosa, con ojos oscuros y cejas muy anchas; sus mejillas estaban demacradas y ennegrecidas por el betún. Junto a él, había otros dos soldados. Tenían su misma edad, casi el mismo peso y semejante estatura. Andrés era castaño y de labios finos; Lucas era rubio y de labios gruesos.

Todos ellos sentían el mismo miedo.

Hubo momentos en los que dijeron:

—Tenemos que irnos de acá.

—¿Adónde? En todas partes es lo mismo.

El miedo que experimentaban era distinto al miedo conocido. Este miedo se acoplaba a cada acto. Era parte de ellos, como un brazo o una pierna. Se habituaron a él igual que se carga una mochila. Pudieron tolerarlo con resignación al entender que el destino no les pertenecía porque no había ningún destino. El futuro era mirar la vida columpiándose sobre un hilo muy delgado mientras la muerte, desde el suelo, tiraba tarascones. Era sencillo caer definitivamente. Sucedía de manera tan rápida e imprevista que no había tiempo de preguntar: «¿Por qué a mí?»

todo aquello fue un naufragio

—No le pegues otra vez. Se muere de miedo. Miralo. Está paralizado.

Chifle lo miró de reojo.

—No hay nadie más estúpido que él.

—Dejalo. No se puede hacer nada. Le rompiste la boca pero no se dio cuenta —dijo Andrés.

—¿Qué clase de hombre es? Estuvo a punto de salir corriendo.

Lo miró: Lucas tenía las rodillas pegadas al mentón y, sujetándolas con las manos, se movía hacia adelante y hacia atrás, balanceándose.

—Somos burbujas —dijo Andrés—. Flotamos estallando, plop, un charquito evaporado en segundos, plop, plop, plop. Las cosas siguen. Una burbuja no cambia nada en el universo.

Chifle sacó rápidamente un cigarrillo. En medio de sus muslos, el fusil parecía un pene gigantesco. Respiraba exhalando nubes de vapor.

La luz era grisácea. Sonó una bomba y, sin prisa, otra bomba. Después, una más. Y otra. Como el son de un tambor atrae al siguiente son.

—Parecen fuegos artificiales —dijo Chifle.

Un hilo de humo brilló alejándose de su boca. Cerró los ojos y, junto a la sensación de náusea, sintió un tremendo cansancio. De repente, pensó: «¿Y si ahora despertara?».

En la trinchera, los uniformes despedían un tufo de humedad y sudor. Todos ellos eran unos infelices con los pies metidos en el barro, agarrados a los fusiles como los náufragos a la tabla.

Andrés sonrió en la penumbra.

—¿Cómo será volver? Por encima de sus cabezas, las bombas iban y venían imitando un partido de vóley jugado con miles de pelotas.

El cuerpo de Lucas vibró como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. Daba la impresión de ser un globo que se desinfla viboreando en el piso. Parecía que le era imprescindible correr y gritar pero permanecía inmovilizado, como si le faltaran las piernas y los brazos y solo tuviera la cabeza con un agujero del que surgía un conducto que recorría de punta a punta su cuerpo, saliendo al exterior y dejándolo vacío.

Chifle se resistió a mirarlo. Se protegía de la desesperación de Lucas con la misma aprehensión que hubiera sentido frente a un

hombre con una enfermedad contagiosa. De alguna forma, tenía que protegerse de él, de su cobardía. Respiró el aire frío. La tierra temblaba con los golpes martillantes de las bombas. El sonido de las ametralladoras de acercó o se alejó con el viento. La nieve comenzó a caer como talco en el culo del bebé.

—Escuché que esos tipos le cortaron las orejas al observador. ¿Será cierto? —la voz de Lucas sonó como si hablara desde adentro de una caja de cartón.

Chifle hinchó las mejillas y sopló como si estuviera inflando una bolsa de plástico.

—Los yanquis usan negros. La vieja puta de la Thatcher usa gurkhas. Los ingleses no se ensucian las manos, la mierda se la hacen levantar a los gurkhas —dijo Andrés.

Volver era una escalera interminable. Una voz, desde la cocina, preguntando: «¿Llegaste?».

Lucas trató de incorporarse, al hacerlo sintió un líquido, ligero y tibio, corriéndole por la pierna. Tanteó el pantalón, estaba mojado a la altura de la ingle. Se había orinado encima sin que se diera cuenta. «No tengo nada más que perder», pensó. Había perdido todo lo que creyó de sí mismo. ¿De qué podría sentirse orgulloso si lograba sobrevivir?

Las balas trazadoras dibujaban líneas rojas en el espacio y, siguiendo las líneas, los obuses simulaban una lluvia de granizo.

Chifle demoró unos segundos en reaccionar. Las luces de los proyectiles eran parte de un festival extraordinario. Aquello era la fiesta más grande del mundo o el infierno. Miles de demonios surgidos de la oscuridad se estrellaban enrojeciendo las laderas nevadas. Era la muerte encarnada y, sin embargo, a pesar de verla, de escucharla, de olerla, Chifle se sentía ajeno a ella, como si fuera el espectador de una película.

Un hombre, a sus espaldas, parecía estar rezando.

Andrés acarició el fusil, entrecerrando los ojos. Chifle se mordió el labio inferior. Escuchó a Lucas murmurando el padre nuestro. El frío les atravesaba las ropas haciéndoles un tajo tan profundo que el hueso sentía el filo. El viento zigzagueó como una serpiente en la noche negra. Lucas comenzó a vomitar. Chifle dejó de morderse el labio y asomó la cabeza. Todo lo que vio era la muerte. La vida estaba acorralada en las trincheras y lenta, segura y paciente, la muerte la perseguía rincón por rincón destruyéndola. No valía la pena hacer nada. Ella decidía por todos.

Escucharon un grito. Más que un grito era un alarido. ¿Quién podría haber gritado así? ¿Quiénes estaban ahí? ¿Eran hombres? El grito, el alarido, se repitió. Nadie en este mundo podía sentir tanto dolor o tanto terror. ¿Qué le habían hecho?

Una bengala se abrió como una flor de pétalos luminosos. El silbido del obús atravesó la luz de la bengala y se transformó en esquirlas de metal ardiente después de chocar contra una colina.

Chifle dijo:

—Mi madre me escupió en la cara un mes antes de suicidarse.

Dudó un instante y miró a Andrés. Pareció no haberlo escuchado. ¿Simulaba?

«Dios mío», pensó Andrés. Sin abrir por completo los ojos, como si hablara para sí mismo, dijo:

—Es imposible resistir.

Chifle miraba a Andrés, tratando de pasar inadvertido. Quería ver en él un gesto que denunciara la simulación. ¿Realmente no había escuchado lo que dijo? Le molestaba que pudieran conocer lo más íntimo de su vida. Entre él y el resto había una pared muy alta que había levantado ladrillo a ladrillo. El silencio de Andrés le permitía mantener la incertidumbre y eso era mejor que la certeza de saber que otro le había arrancado una parte de sí mismo.

El viento parecía provenir de un par de alas monstruosas batiéndose en el espacio, como si la muerte fuera un buitre inmenso aleteando a la espera de la presa.

Andrés dijo:

—Esta guerra debe ser la obra de un loco.

esas cuestiones están en todas partes

¿Por qué no sentía el miedo de Lucas ni era dominado por el conformismo, la resignación o el fatalismo de Andrés? Se encontraba sin sostén. Era parte del vacío. De un lugar indeterminado, accidentalmente compuesto de espacio y tiempo pero que retornaría a ser una profundidad infinita, oscura e intemporal.

Nunca había tenido sentido vivir. ¿Para qué? Todos vivían lamiendo el culo de la vida y masticando la bosta que ese culo soltaba. ¿Qué era su vida sino un desacierto de Dios? La vida de todos los seres era una equivocación de Dios. ¿Para qué los había creado Dios? Era una buena pregunta. Veía una montaña y se preguntaba: «¿Para qué creó Dios esa montaña?» Lo mismo se preguntó de los dedos de su mano. Eran estupendos, se movían en el mismo instante en que la orden emanaba del cerebro y cumplían al pie de la letra lo que se les pedía. ¿Para qué se movían? ¿Qué razón había para estar vivos unos cuantos años y muertos durante una eternidad?

¿Podía ser esto el Purgatorio? ¿Bastaba con soportar todos estos males para alcanzar el Cielo? ¿Qué hombre merecía el Cielo? ¿Había alguno en la Tierra que tuviera la suficiente bondad para merecerlo? Unos hombres con disfraces de soldados decían defender la causa de Dios y la Patria. Y, mientras los generales y los coroneles decían frases grandilocuentes proclamando la segura victoria a cientos de kilómetros, Lucas, un adolescente conscripto, con un fusil en sus manos, temblaba de miedo y de frío, encajado

en el barro de una trinchera, esperando la muerte en una isla lejana, muy lejana, de su casa.

Chifle tenía consciencia de todo esto. De esto y de su tremendo vacío. Pensó: «¿Qué hago acá? ¿Por qué no me negué a venir, por qué no me escapé?»

Miró hacia donde explotaban las bombas. Después miró a Lucas. Seguía rezando.

piensan reclinados en los muertos

Estaba lejos, demasiado lejos de sus ojos.

Sintió alivio al pensar que ella no podía verlo. Hubiera sido insoportable que lo viera así.

¿Pensaba ella en él? Seguramente. Pero no del modo en que él la recordaba.

De pronto, le pareció haber recibido el arañazo de un gato. «No tiene sentido. En el fondo estoy dominado por ella. ¿Juega conmigo?»

Todos los días, los mismos pensamientos le martillaban la cabeza.

«Estoy loco. ¿Qué pretendo con ella? ¿Cómo puedo pensar en esto?»

Una bomba explotó cerca de la trinchera, Chifle no se inmutó. Soportar el ruido de las bombas era como acostumbrarse a escuchar la música de los vecinos sonando a todo volumen.

«Si ocurriera algo con Liliana, ¿sería mejor? ¿O me sentiría una mierda de hombre?»

Las bombas de fósforo y los fogonazos de los disparos abrían como una cortina la densa masa de bruma.

—Están cerca —dijo Andrés, en voz baja, inútilmente, como si pudieran oírlo allá afuera.

Las manos de Lucas temblaban.

—Es una locura quedarse —dijo Andrés.

—En alguna parte hay que morir —contestó Chifle y miró las manos de Lucas.

Hacía más frío. Las laderas estaban cubiertas de nieve. Las artillerías disparaban sin cesar. Pero había algo más en el espacio, algo que abrumaba, que convertía a los hombres en fantasmas de sí mismos.

Andrés apoyó la espalda contra la pared de la trinchera; el fondo estaba lleno de agua, el traste de Andrés estaba empapado. Andrés tocó con la punta del pie a Lucas.

—Basta —le dijo.

Las botas de Andrés se habían echado a perder, sus pies estaban húmedos.

Lucas rezaba el rosario.

—¿Creés que ese amuleto es capaz de frenar un obús?

Dijo Chifle, casi irritado.

Lucas tartamudeó.

—Creo que... es una lucha del Bien contra el Mal. El Mal debe detenerse... Dios puede hacerlo.

Chifle sonrió. Había una sombra diabólica en su sonrisa.

—¿Y si a Dios no le importara?

Después, ya no se atrevió a mirar en dirección a Lucas. Lo escuchaba jadear y lo supuso un moribundo, su aliento sonaba como el estertor de la agonía.

Y allá afuera, la muerte.

Esperó que cediera el sonido de las explosiones. Vio una sucesión de impactos haciendo añicos las rocas de la pendiente y al fuego derretir la nieve. Tuvo el presentimiento de morir en un segundo. En su epidermis captó la presencia de una sombra tenebrosa. ¿Qué era? ¿Qué clase de hombres permitían que esto estuviera sucediendo? ¿Realmente ocurría o era un sueño, uno de esos terribles sueños en que nos despertamos con el cuerpo bañado de sudor?

«¿Me saltará sangre a la cara?», se preguntó y algo en el interior de Andrés se heló repentinamente: era un pensamiento idiota. ¿Qué podía importar que la sangre estallara sobre su cuerpo? Era el momento de meter la cabeza en la boca del león y había que admitir que todos serían héroes momentáneos, héroes de entrecasa, héroes ignorantes de su heroicidad. En todas partes resultaba la misma ignorancia y la misma lucha inútil. ¿A quién le interesaba el viento, a quién le interesaban las piedras? ¿A quién le interesaba un pedazo de tierra que bien podría desaparecer sin que el planeta se enterase? Esto era ser razonable. Lo irrazonable de él, le decía que estas islas, lejanas y desconocidas, eran su sitio. Ese pedazo de tierra inservible, rodeado de agua por todos sus lados, era tan suyo como la cama de su casa.

Lo razonable le decía: ¿Vas a morir por una islitas difíciles de localizar en un mapamundi?

Se acordó del modo brusco con el que su padre le dijo: «Todo lo que tiene que hacer un hombre es cumplir con su deber».

«Soy un condenado», pensó, sintiendo alivio.

La condena era esa impresión de caer en un precipicio mientras todo se transformaba en oscuridad y frío. Tuvo el impulso de proteger a Lucas. ¿Qué podía hacer por él?

—¿Qué hicieron mis padres por mí? —dijo, en voz alta.

Chifle desvió la mirada hacia él.

—Estoy acá por ellos. ¿Qué hicieron para impedir la guerra? Vos, yo, todos nosotros, estamos en la guerra que ellos crearon. Padres que lloran a sus hijos muertos, se secan los mocos con pañuelos sucios. ¡Hipócritas! Son ellos los asesinos. Unos burgueses de mierda que siguen la guerra por la televisión mientras nosotros, sus hijos, estamos en el frente de batalla. ¡Me cago en todos los padres del mundo!

Chifle se mantuvo callado. Andrés tenía razón. «Bastaría un pedacito de metal entrando en nuestros cuerpos para acabarnos. Hasta ahí llega lo que somos». Si pudiera salir de este infierno, si obtuviera la resurrección, ¿de qué valdría? Tarde o temprano, otro infierno estaría esperando.

Afuera, muy cerca de la fortificación, una ametralladora abrió fuego. Chifle aseguró el cargador del fusil.

—¡Vienen! —dijo Andrés.

Por detrás de ellos, Lucas encogió el cuerpo cubriéndose la cabeza con las manos. Chifle apuntó el fusil hacia la oscuridad.

a las piedras no les importará que caigas

—¡Vamos! No se puede hacer nada! —gritó Chifle.

Andrés dio un salto y se arrastró unos metros fuera del pozo. Los ingleses estaban por adelante y por atrás. Era cuestión de unos minutos perder la posición. Desde una trinchera cercana, un mortero disparaba constante e inútilmente contra enemigos invisibles.

—¡Lucas!¡Tenemos que salir! Ya están encima.

Lucas seguía en el fondo del pozo. Su cuerpo parecía el de un feto adherido a la tierra. Chifle salió del pozo. Andrés, cuerpo a tierra, iba hacia las rocas del pie de la colina. Lo siguió. Se detuvo. Miró hacia atrás. Lucas no había salido de la trinchera. Giró la cabeza. Había perdido de vista a Andrés.

Los obuses cayeron produciendo el sonido de millones de sapos reventando. Los proyectiles barrieron el sector como latigazos de acero. Caía una lluvia de turba y piedras astilladas. La tierra vibró como si fuese a partirse y abrirse bajo sus pies para mandarlos de una buena vez al infierno.

Andrés se sujetó el casco con las dos manos y se enrolló como un gato, con los muslos entumecidos, las sienes martillando. Esperó. Si corría, podría llegar al pie de la colina y refugiarse en las

enormes rocas. Intentó ponerse de pie pero sus piernas no le respondieron. Consiguió apoyar una rodilla en tierra. No tenía conciencia que sus pies se habían congelado. Hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse. No escuchó el sonido ni vio el resplandor. Fue empujado como un muñeco de trapo. Rebotó contra unas piedras. Su frente chocó contra la culata del Fal. Completamente turbado, por instinto, llevó la mano a la cintura. Nada le dolía. Su mano tocó una masa gelatinosa y empapada de algo que no logró reconocer. Con los dedos buscó más abajo y encontró un pedazo de tela rota del uniforme y, más abajo, la piel del estómago desgarrada como la tela. ¿Cómo le había pasado esto? Le pareció raro poder tomar la piel del estómago, con todos los dedos, por dentro y por fuera. Igual que si agarrara la tela rota del uniforme para coserla. Con la palma de la mano enguantada y que, ahora, tenía el mismo color que hubiera logrado de meterla en un frasco de jalea de membrillo, buscó, otra vez, la masa gelatinosa. Sus sentidos estaban demasiado embotados como para comprender el horror de estar sujetando sus intestinos. Tenía sed y sueño. No podía resistir el deseo de dormir. La sangre formó un charco sobre sus piernas y cayó entre ellas mojándole el trasero.

Andrés intentó meter las tripas en el cuerpo. Las empujó y escuchó un chasquido, como si una bolsa inflada hubiese reventado. Soltó sangre que le vino de la garganta y un borbotón rojo descendió por las fosas nasales. Eructó, quiso respirar y se ahogó; tosió y volvió a ahogarse. Vomitó sangre y espuma y perdió consistencia, doblándose como si le hubieran partido la columna vertebral.

Andrés estaba muerto.

se marchan y apenas habían llegado

Chifle vio el cuerpo de Andrés. Se arrastró hasta él. Lo tocó. Por unos segundos, se sintió aturdido. El límite entre la vida y la muerte

era del grosor de un cabello. Cinco minutos antes, Andrés estaba vivo y Chifle jamás supuso que pudiera morir. Pero estaba muerto. Y un idiota como Lucas, un inservible, era posible que sobreviviera con un poco de suerte. La vida no elegía a los mejores. Sobrevivía lo peor de la especie humana. Nada podría salvar a los hombres. El mundo entero, por los siglos de los siglos, estaba irremediablemente perdido.

Le costó separarse de Andrés. Llegó a pensar que debía cargarlo sobre los hombros. No lo hizo. El instinto de conservación se impuso. A medida que se alejaba, tenía la sensación de estar cometiendo un acto atroz. Estaba dejando solo a un hombre muerto como si dejara una bolsa llena de ropa vieja que el camión de la basura cargaría a la mañana siguiente.

A su alrededor, el espectáculo era impresionante. El cielo era fuego y la tierra ardía. Un cohete de ochenta y cuatro milímetros se estrelló un poco más adelante y la ola expansiva le llegó con la violencia de una marea huracanada. Algo lo había golpeado. Por debajo del casco, la sangre corrió por su frente. Se tocó la cabeza. Era un corte pequeño en el cuero cabelludo. Una bengala iluminó la colina. Y los vio. Eran los demonios descendiendo, buscándolo como a una rata que se debe aniquilar.

Sin separarse del suelo, se metió entre los peñascos. De pronto, recordó el sonido del mar. No el sonido del mar que lo rodeaba sino el otro mar. El mar de las playas doradas de arena. Los demonios estaban cerca de él, pasaban junto a él. Cantaban, aullaban. Parecían divertirse. Chifle siguió de cara al piso. Un gurkha pasó tan cerca que pudo haberlo pisado. Chifle comenzó a tiritar de frío. En medio del ruido ensordecedor de las bombas, le llegaba el clamor de los gurkhas. Parecían dementes. No estaban fuera de lugar. Todo era demencia en ese sitio. De pronto, pensó en Andrés. Y algo que nunca pudo explicarse en todos los años siguientes ocurrió en su interior. Se puso en cuclillas. Luego, de pie.

Apoyó la culata del fusil en el hombro y abrió fuego. Los vio caer. No le importó. Esos que caían eran bestias muriendo. Era como un sueño. Nada de esto podía ser real. Tenía la sensación de lo absurdo, fantástico, imposible, que es propio del sueño. Agotó la munición. Algunos monstruos estaban muertos pero los que quedaron vivos se multiplicaban en la colina. Parecían salir de todas partes, mitad hombres–mitad bestias, volviendo a gritar y a correr frenéticamente, gozando con la muerte y la atrocidad que el demonio que los guiaba les exigía.

Chifle zigzagueó corriendo colina abajo. Tropezó y siguió. Llegó a una trinchera. Era una tumba. En el interior, había soldados muertos. Ya no eran hombres, eran desperdicios. Se arrojó sobre ellos. Metió una pierna debajo de las piernas de uno de los muertos, acomodó el brazo de otro muerto encima de su espalda y se acercó tanto a uno que yacía boca arriba que sus bocas quedaron tan cerca, como si fueran a besarse.

Los gurkhas aullaron bordeando el pozo. Se asomaron, soltaron el aliento y continuaron la marcha como perros hidrófobos.

Chifle los oyó disparar hacia todas partes. Las balas rebotaban en las piedras. Desde algún lugar, alguien lanzó una granada de fusil sobre los gurkhas. De inmediato, se dispersaron. Más allá, los nidos de ametralladoras sostenían la posición frente a un pelotón de Scots Guards.

Chifle sentía su propio cuerpo: estas eran las manos, los dedos de esas manos; estos eran los pies, los pies estaban muy fríos; esta era la cara, la piel helada de la cara. Los muertos cubiertos de sangre y nieve lo cobijaban. El frío de los muertos calentaba su vida. La muerte, la que asolaba esta región, lo protegía como si él fuese su amante o un niño indefenso que despertó su piedad.

Estaba agotado. Con un infinito deseo de dormir. Todo el tiempo, una y otra vez, repetía: «Dios mío, Dios mío». Su cerebro trató de controlar la situación, de mantenerse en la vida: silla, mesa,

libro, arma, mujer. ¿Y si era un juego y bastaba con salir cruzando los dedos pidiendo pido? Pido basta, pido ir a casa. No salió a pedir pido. Se quedó entre los muertos.

Tarde o temprano, el sol debía aparecer. El cielo cobró una tonalidad gris rosada. Los cañones continuaban disparando con el ánimo de los trasnochados al beber la última copa.

Una bala errante chistó arañando una piedra. Chifle se percató que, con la noche, algo había acabado. Percibió en el aire frío que la muerte se sentía satisfecha y se alejaba.

Como si fuera un resucitado, se apartó de los cadáveres saliendo de la tumba hacia la claridad enferma. Recostó la espalda en las rocas, mirando las cimas nevadas. Allí, el enemigo había sembrado sus banderas y sacaba fotografías a la espera de la cruz de la Victoria.

A lo lejos, más allá del arroyo, aún sonaba el estampido de los cañones. En el cielo, una noria de helicópteros ingleses levantaba a los muertos y a los heridos. Cruzando el valle, rumbo a Puerto Argentino, los soldados vencidos semejaban a un desordenado cortejo fúnebre.

En las laderas cubiertas de cadáveres, todavía flotaba el enigma más indescifrable y al que la luz del sol pareció apaciguar momentáneamente: ¿Quién era el creador de todo ese horror?

Continuaba amaneciendo con lentitud. Chifle buscó un cigarrillo en la chaqueta. Encontró el último. Lo encendió. Sacó un pedazo de papel y una birome azul con el capuchón mordido. Tenía las manos entumecidas.

Como pudo, escribió:

«Ricardo: Estoy en un monte de la isla Soledad. No sé muy bien cómo se llama pero tiene un nombre inglés, Tumbledown o algo parecido. No sé lo que está ocurriendo. Veo el sol entre las montañas. Estuve toda la noche en la oscuridad. Estuve en un pozo lleno de barro y nieve. Mientras estuve ahí, todo el tiem-

po pensé en una cosa. Eso es lo que te quiero contar. Nadie más puede entender lo que quiero decir. ¿Sabés qué pensé? Pensé: no hicimos nada por los perros».

Miró el papel. Lo estrujó apretándolo con todas sus fuerzas. Lo tiró lo más lejos que pudo.

Alguna vez estuvimos juntos

Todos esos que están en las fotografías somos nosotros. Es un espejismo. Unos trozos de papel brillante mostrando gente. Tengo paciencia. Rompo cada foto en cuatro partes. Coloco los pedazos en una bolsa y voy a poner la bolsa donde la carguen los basureros.

Cuando las fotografías desaparezcan, no habrá quedado nada de todos nosotros. Por una ley inescrutable que rige la existencia, lo que sentimos, los que nos pasó, será ignorado. A nadie le importará lo que sucedió en nuestras vidas. Nacimos predestinados a transformarnos en olvido. Ninguno de nosotros perdurará en alguien. Quizás, alguno se transforme en un recuerdo. El recuerdo durará un segundo o diez y se esfumará como se esfuman todas las cosas que existen.

Como flores silvestres que mueren en el comienzo del otoño y, en los inicios de la primavera, son sustituidas por otras flores silvestres, nadie notará que nosotros estuvimos, desaparecimos y fuimos sustituidos por otros que seguirán el mismo camino. Un camino infinito sobre el cual, apenas, dimos unos cuantos pasos.